Niceto Oneca Carrillo

LOS VAMPIROS DEL PUEBLO

DRAMA EN TRES ACTOS

DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS

REPRESENTADO CON GRANDÍSIMO ÉXITO
NOCHE DEL 18 DE ENERO 1904 EN EL TEATRO DE NOVEDADES
DE MADRID Y
PROHIBIDA LA SEGUNDA REPRESENTACIÓN
POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR GOBERNADOR CIVIL.

MADRID
IMP. Y LIT. DE J. CORRALES.—MONSERRAT, 10 Y 12.
1904

8

LOS VAMPIROS DEL PUEBLO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS

ORIGINAL DE

D. NICETO ONECA

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
J. CORRAS

N.º de la procedencia
2500

MADRID
IMP. Y LIT. DE J. CORRALES, MONSERRAT. 10 Y 12.
1904

Al Excmo. Sr. Conde de Romanones

Querido amigo: Hubo un tiempo en qué, revelado mi espíritu contra la hipocresía y el cariño fingido de algunos por salario mensual, me hizo batallar con resolución y poner á mis seres queridos al borde del abismo. En aquellos momentos de amargura, encontré en V. E. un protector decidido, y secundado por mi buen jefe D. Daniel de Iturralde, ambos pusieron en unión de mi modesto destino, el más grato trabajo en armonía con los ideales de toda mi vida. Pasando ante mis ojos grandezas y decepciones sociales, he querido llevar á los poderosos por un camino humano, condenar las sectas y convertirme en apóstol de la verdad y la justicia, rompiendo lanzas en pró de los desvalidos: del pobre pueblo.

Quise ser redentor y ¡me crucificaron!

Di en la cárcel con mis huesos, y de ella he salido defendido por V. E. incluso en el Parlamento.

Al ofrecerle el testimonio de mi gratitud, permítame que esta la haga extensiva á mis hermanos en la prensa, que con tanto acierto han luchado por mi causa, á los actores que dieron relieve á mis personajes y al pueblo, que premió con entusiasta aplauso el trabajo que para él escribí y á quien consagro y consagraré hasta mi último aliento.

Soy muy suyo affmo. reconocido amigo,

q. b. s. m.

N. Oneca.

724845

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARIA	D.ª	María Santoncha.
ELVIRA	Sra.	Martín Gómez.
JULIÁN	Sr.	G. Hompanera.
JUAN		Gaspar Campos.
DON PATRICIO		Juan Campos.
DON FEDERICO		García Marín.
Sr. PEDRO		Catalán.
PADRE RAMÓN		Catalán.
CONDE DE CARRIÓN		Sánchez.
UN MINISTRO		Barinaga.
UN JUEZ		Martín.
UN DELEGADO		Idem.
UN LEGO		Carrión.
PERIODISTA 1.º		Angel García.
» 2.º		Barinaga.
» 3.º		N. N.
OTRO PERIODISTA		» »
UN GUARDIA		» »

Pueblo obrero de ambos sexos y guardias.

La acción transcurre en un pueblo de las cercanías de Madrid.

Epoca actual.

Derecha é izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

La escena representa una casa de pueblo con jardín delante; al fondo, calle, para que por la verja de entrada á la casa y por las ventanas laterales, se vean á derecha é izquierda la casa del Conde de Carrión y la de la fábrica de Julián. En el interior de la casa, habitación con dos ventanas, que dan al jardín y puerta con reja de hierro, para que desde dentro se divise la calle, á la derecha del actor, aparece Julián estudiando los planos; un poco más al fondo, banco de madera con torno de hierro, donde estará limando Juan. En el término opuesto, bien avanzada hacia el público, una mesa de comedor. Más al foro una máquina de coser. Sobre las paredes herramientas de trabajo, reglas y planos. En la mesa de Julián, tintero. Sobre las ventanas macetas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA, MARÍA, JULIÁN Y JUAN. María cose, Elvira riega las macetas.

ELVIRA — Son los rojos claveles
flor de las flores,
porque es la predilecta
de mis amores; (Mirando á Julián que sigue trabajando.)
que dan fragancia
y adornan del obrero
la pobre estancia.

MARÍA — (Sin dejar de coser.) Bien te han salido las cuentas hoy.

ELVIRA — (A María apoyándose en la regadera.) No hay queja; anoche velé hasta las dos para cumplir un encargo del Condesito de Carrión...

MARÍA — El descendiente de cien nobles generaciones, según él se llama...

ELVIRA — El mismo.

MARÍA Buena proporción. (Con intención.)

ELVIRA ¡Ya lo creo! ¿A que no sabes á quien le convenía mucho?

MARÍA (Con más interés.) ¿A quién?

ELVIRA A un confitero.

MARÍA (Riendo.) ¡Qué ocurrencia! ¿Para qué?

ELVIRA Para San Juanito en el final de un ramillete.

(En este momento al oir la ocurrencia de Elvira, Julián levanta la cabeza y deja de trabajar é igualmente hace Juan. Todos rien.)

JULIÁN Que mordaz eres querida hermana; no me gusta que te burles de nadie y menos de un noble. Basta que yo piense en contra de ellos.

JUAN (Deja el trabajo y se acerca á la mesa de Julián.) Deja á la chica que dé á conocer sus sentimientos, que al fin y al cabo es de la madera que siempre es condenada al fuego, y como le duele, por eso se explica.

MARÍA Hay que respetar á cada uno, en su clase, posición y gustos; (Mirando á su hermano) pues siempre *hubo pobres y ricos;* y sinó mira como Julián aunque presidente de ese partido que aquí habéis formado, que parece que quiere tragarse á todos los pudientes; también él aspira á ser poderoso con lo que valga la máquina que está haciendo; por eso, hay que dejar rodar la bola...

JUAN ¡María! (Con enfado.)

JULIÁN No te enfades Juan, que esa no sabe ni lo que quiere ni lo que dice, ni las intenciones de cada uno; por que si ella pudiera conocer la diferencia que hay entre un dinero ganado con el sudor de su frente, como lo hace un obrero y el heredado ó acumulado con la usura; ó en esos *robos* que llaman negocios mercantiles ó jugadas de bolsa; á bien seguro que no pensaría de esa manera.

ELVIRA (Riendo, á María.) Mal partido has tomado.

JUAN Mi hermana es muy señorita.

ELVIRA Y eso es lo que hay que ser; hasta D. Patricio el día que se pone una los cuatros trapitos, nuevos, parece que la mira de otra manera.

JUAN ¡Vanidosa!

JULIÁN Vamos tranquilidad. (Se acerca á María, la coge una mano y llega cerca del proscenio.)

ELVIRA Pero hija como perdemos el tiempo. (Recordando.)

JUAN — Tienes razón; Voy á probar esta pieza á ver si ajusta bien, no me llame mal obrero el señor inventor.

JULIÁN — ¡Llamártelo yo! Si la mitad del triunfo ha de ser tuyo.

JUAN — (Riendo.) Bueno, bueno.

ELVIRA — (Recordando.) Yo voy á entregar; tengo que recoger en casa la labor.

MARÍA — Y yo á preparar el chocolate á mi buen tío y párroco de nuestra Iglesia de San Pedro y San Pablo; que en los diez años que vive con nosotros, nunca le hizo esperar su sobrina, teniéndole preparado el rico chocolate del Sagrado corazón y los bizcochos de las monjas de Pinto; que aunque él dice que parecen *atrasados* como el que los hace, bien se los engulle; conque, dispersión general.

JULIÁN — Menos yo que sigo trabajando. (María sale por la última de la izquierda. Juan y Elvira por el foro en amigable conversación. Julián vuelve á su mesa. Pausa.

ESCENA II

JULIÁN, luego FEDERICO

JULIÁN — Volvamos á la lucha, que sólo á fuerza de fuego se ablanda el hierro. (Julián examina un momento el plano que tiene sobre la mesa, hasta que al oir la voz de Federico, levanta la cabeza.

FEDERICO — ¿Quién anda en esta casa?

JULIÁN — (Aparte.) Mucho madrugan las aves de rapiña. (Pausa.) Andar, nadie; trabajar, yo. (Sigue trabajando.)

FEDERICO — (Aparte.) ¿Demonio de chico!

JULIÁN — Pase, pase, que no hay anarquistas.

FEDERICO — (Asustado. Hombre, hombre, ni en broma los mientes. ¡Los tengo más miedo!

JULIÁN — (Riendo.) Como que ellos van á ser la destrucción de la raza de negros.

FEDERICO — ¿Se marchan al Congo?

JULIÁN — ¿No existen negros más que allí?

FEDERICO — Hombre, te diré; también aquí hay algunos...

JULIÁN — (Interrumpiéndole.) Hay muchos. ¡Y más esclavos! (Con mucha intención.)

FEDERICO — No tantos... (Con disimulo.)

JULIÁN — Esclavo blanco es, como ya dijo el gran Leopoldo Cano, todo aquel que vierte el sudor de

su frente para ganar un pedazo de pan bajo la férula de un amo, que se acoje á las leyes mal llamadas liberales, para convertirse en un señor Feudal de los tiempos modernos, más tiranos que los otros de la Edad Media; porque aquellos, al fin, no eran hipócritas, y lo mismo mandaban ahorcar á un siervo, si incurría en su enojo, que sabían abrir sus graneros en los años malos para socorrer á sus hambrientos campesinos, y que, á veces, en un rasgo de conciencia, los dejaban mandas al morir ó les llamaban *parientes* en sus testamentos

FEDERICO Bien conoces la época feudal.

JULIÁN (Con mucha intención.) Aquella época podría ser la de los bárbaros; pero no la de los fariseos. ¿Lo entiende usted, D. Federico? Eran aquellos señores grandes en todo; más hoy, á pretesto de hacer una buena obra el noble hijo del pueblo, cae en las garras de algún hambriento buitre.

FEDERICO (Con extrañoza.) ¡Qué ideas!

JULIÁN (Con intención.) Mejores que las de usted.

FEDERICO Qué mal me quieres, Julián

JULIÁN La cosa no es para menos. Cuando el tigre va á lanzarse sobre la presa, el cazador se prepara.

FEDERICO ¿Soy yo tigre?

JULIÁN (Riendo.) Ave rapante.

FEDERICO Ya sabes qué poco me gusta meter mi dinero en locas venturas ..

JULIÁN Nadie le dice á usted que lo haga. (Con enojo.)

FEDERICO Pero yo te he ofrecido (Con tono cariñoso) mi bolsa y mis consejos con *desinterés*, aunque nunca quieras entregarte en mis manos.

JULIÁN En sus garras.

FEDERICO ¿Tengo yo señas?

JULIÁN Más que Pedro Botero.

FEDERICO ¡Pacho! ¡Qué bromitas!

JULIÁN Las que usted merece.

FEDERICO ¡Ah! Planitos... (Reparando en el que hay en la mesa, va á recogerle. y Julián le retira.)

JULIÁN ¡Quieto! Esta es la Selva Sagrada de los Dioses; no puede iniciarse en ella sino aquel que posee la noble excelencia del genio.

FEDERICO Qué obstinación en que no vea el plano de conjunto. (Aparte.) (Pausa.) ¡Pues he de verle!

JULIÁN (Retirando el plano.) ¡Que no puede ser! (Federico

quiere arrebatárselo; Julián le amenaza. En este momento entra D. Patricio.)

ESCENA III

Dichos y D. Patricio

D. Patric. (Desde el foro.) ¡Qué actitud! (Avanza. ¿Están ustedes ensayando alguna escena de pugilato?

Julián Quería demostrar la fuerza de mis puños; pero me he contenido porque estoy en casa agena, que si no...

D. Patric. ¿Qué ha pasado?

Federico (Con timidez.) Que Julián, no sólo no agradace mis buenas intenciones, sino que se enoja en cuanto yo hablo.

Julián (Con enfado.) Porque debo.

D, Patric. Vamos, calma. (Pausa.) Sentémonss y vuelva la tranquilidad á los espíritus. ¿Por qué discutíais?

Federico Siempre me está comparando Julián á las aves rapantes; es lo único que sabe de historia natural. (Con enfado.)

Julián Algo peor es ser ilusionado en la forma en que usted indicaba; pero tal cual yo lo soy, lo tengo á mucha honra.

D. Patric. (Llamando.) María, María.

ESCENA IV

Dichos y María

María Buenos días, querido tío. (Reparando en Federico. Buenos días, D. Federico. ¿Ha estado usted en la corte?

Federico Ayer mismo.

María ¿Vió á las madres del Sagrado?

Federico Tuve esa suerte (Recordando.) ¡Ah! Por cierto que todos me preguntaron con gran interés por usted; especialmente la superiora Sor Teresa. ¿La tiene á usted un cariño! Dice que era la más aplicada del Colegio y la más dispuesta siempre á las *prácticas de la casa.*

Julián No se como le oigo con paciencia...

D. Patric. (Alto.) Si viera usted, D. Federico, qué bien se encuentra al lado de su tío ¿verdad, hermosa niña? (Con mucha intención.)

FEDERICO. Pues Sor Teresa dice que sería una buena sierva...

D. PATRIC. (Con intención.) También será una perfecta casada. Bien sabe Dios que es mi mayor anhelo el que llegue el día que, unida al hombre elegido, pueda yo echarles la bendición, y que quieran tener á su lado al pobre viejo.

JULIÁN Ya lo creo. ¿Verdad, María?

MARÍA Tío, usted fué siempre un padre para Juan y para mí; pues si bien mi educación no le fué gravosa cuando quedamos huérfanos, en cambio cuidado, cariño y manutención, son cosas que jamás nos faltaron á su lado.

JULIÁN Ni á él faltarán nunca; yo se lo aseguro.

D. PATRIC. Gracias, Julián. Yo procuraré también demostrar mi afección para las personas que por mí se afanan.

JULIÁN ¿Puede usted hacer algo más que lo que hace? Cariño hacia mí; dinero para proseguir mi invento; esta casa de los buenos amigos convertida en taller y estudio, y, por último, otra cosa aún mejor; cariñoso amigo de ese pobre anciano que me dió el ser; en los largos paseos que emprenden, le hace usted pasar los mejores días de su vida, contando al pobre viejo fantásticos castillos en el aire del ingenio de su hijo; y cuando llego á mi casa y después del abrazo y el beso que me conforta y me convierte en un titán de la idea, le oigo contar cuanto es el cariño que usted le narró, me digo: Julián, trabaja, llena de ventura á ese ser querido en los últimos días de su vida.

D. PATRIC ¡Cuánta nobleza!

FEDERICO (Aparte.) Su elocuencia abruma.

D. PATRIC. ¿Cómo marcha ese invento?

JULIÁN Ya tuvo usted ocasión de ver el primer alcohol cogido en el serpentui (Con mucha intención.)

D. PATRIC. ¡Ah! fué el obsequio que hiciste á María.

FEDERICO Si hubiera sido una flor...

D. PATRIC. ¡Flor era!

FEDERICO ¿Cómo? (Con ironía.)

D. PATRIC. La flor de la inteligencia tenía su emblema en aquel producto.

GEDERICO. (Con intención.) Dinero y astucia son las dos únicas flores que el hombre debe cultivar.

JULIÁN (De mal humor.) ¿Volvemos á las andadas?

D. PATRIC. (Dando otro giro á la conversación y levantándose.) ¿Me acompaña usted?

FEDERICO. ¿A dónde?

D. PATRIC. A la fábrica de Julián.

FEDERICO Le acompaño; pero hasta la puerta, porque me espera el condesito de Carrión para darle convoy y hablarle de ciertos particulares...

JULIÁN (A media voz.) Mejor acompañante...

FEDDRICO Luego volveremos.

D. PATRIC. ¿Vienes, Julián?

JULIÁN He de seguir trabajando en mis planos, mi buen Mécenas. Iré en breve.

D. PATRIC. (Con intención, aludiendo al plano) Cuidado con distraerse, no te lo devuelvan en el registro de patentes al presentarle.

JULIÁN (Comprendiendo la alusión.) Lo que es eso no hay cuidado.

D. PATRIC. Guíe usted, don Federico.

FEDERICO Usted primero. (Forman grupo á uno y otro lado de la puerta del foro; en el fondo aparece Elvira con un lío en la mano.)

ESCENA V

Dichos y ELVIRA.

D. PATRIC. (Al verla.) Pase la hacendosilla.

ELVIRA No, ustedes primero.

FEDETICO (Insinuante.) ¿Qué esperamos?

ELVIRA (Entrando.) Vaya, gracias. (Entra Elvira, don Patricio y don Federico vánse por el foro, María váse primera derecha.)

ESCENA VI

JULIÁN y ELVIRA. Esta deja el lío sobre una silla y durante el diálogo va quitándose la mantilla.

ELVIRA (Dirigiéndose á Julián en tono alegre y cariñoso.) Como trabajas, pobre hermano; pero el trabajo Dios le premia.

JULIÁN (Levantando los ojos del plano.) ¡Ah! ¿Eres tú?

ELVIRA Tu hermanita en cuerpo y alma.

JULIÁN ¿Vienes cansada?

ELVIRA Lo que vengo es con una ira... Créete, que si no fuera por el qué dirán en el pueblo y porque el bueno de don Patricio no me riñese, lo que es á ese jesuita falso de las gafas verdes, le pongo á caldo.

JULIÁN Vienes tremenda. (Riendo.)

ELVIRA ¿A que no sabes qué dice el tío?

JULIÁN Cualquier cosa.

ELVIRA Pues anda diciendo por la villa, que tú eres un chiflado embaucador, que te comes el dinero de la caja de *resistencia obrera*, y que traes á mal traer al pobre don Patricio; que á Juan, le utilizas en tu invento por egoismo, privándole de ganar un jornal en otra parte, y que por eso hablas con su hermana, para sostener el juego.

JULIÁN Sabía que era malo, pero no tanto. (Alto.) ¿Con que eso dice?... ¡Infame!

ELVIRA Si fuera eso sólo...

JULIÁN ¡Aun más!

ELVIRA El gran tío calumnia á nuestro padre, llamándole iluso é inspirado de maldades.

JULIÁN ¡Dios mío! Ten mi lengua y mis manos... Idea, amor, libertad, emancipación, todo, es nada ante la santidad de un padre; y por ellos se lucha, y por ellos se muere si hay ofensa, y el que insulta y ofende á un padre si el hijo se entera, no es bueno si enseguida no se venga; y yo, me vengaré de ese vampiro. ¡Vaya si me vengaré!

ELVIRA Por Dios, Julián.

JULIÁN Callo, porque viene María y no quiero que se entere. ¡Ah, don Federico! ¡Pronto nos veremos las caras!

ESCENA VII

Dichos y MARÍA primera derecha.

MARÍA (Reparando en Elvira.) ¿Ya de vuelta?

ELVIRA Sí hijita, sí. ¿A que no sabes lo que traigo en este lío?

MARÍA Trabajo.

ELVIRA Eso, trabajo. ¡Qué vida esta! Los pobres pedimos con ansia trabajo, así como los ricos piden placeres.

MARÍA Y que no falte.

ELVIRA Tienes razón. Mas pronto seremos ricos y entonces...

MARÍA ¡Qué genio tienes, Elvira; yo quisiera ser como tú!

ELVIRA En vías de un gran éxito mi hermano, mi padre contento y no menos la persona con quien

he de unir mi suerte. ¿Por qué no he de demostrar mi alegría?

MARÍA ¿Amas mucho á mi hermano?

ELVIRA Más que tú al mío...

MARÍA (Con dulce reconvención.) ¡Elvira!

ELVIRA Educada fuí en un colegio particular, donde todas las discípulas eran, más que amigas, hermanas; y allí, era la franqueza la primera cosa; no como en los conventos, donde la hipocresía tiene su albergue.

MARÍA (Picada.) ¡Qué loca eres!

ELVIRA A tí no te gusta que lo digan, pero en muchos de ellos se enseña más á fingir que nada, y tú aún conservas tus resabiyos; mas ya te enseñarán un camino más franco, porque mi hermano te hará comprender la cosas de otro modo. Voy por agua. Hasta ahora. (Sale Elvira segunda derecha.)

JULIÁN (Haciendo señas á María. Esta se acerca y apoya los codos sobre la mesa y mira al plano.) ¿Qué ves aquí?

MARÍA Muchas rayas de distintos colores.

JULIÁN Pues esas rayas, unas negras, ¡muy negras!, que marcó la tinta china, y otras rojas, que señaló el carmín, son simbólicas. Las primeras marcan lo que el estado de mi espíritu ha sido durante la composición del aparato; las segundas aseméjanse á la sangre, flujo y reflujo de la idea, que acude al cerebro, como en el mar las olas.

MARÍA (Con vacilación.) ¿Confías en el éxito?

JULIÁN Creo en él, como tú en Dios.

MARÍA (Con duda.) No dicen eso por el pueblo.

JULIÁN ¿Qué se cuenta?

MARÍA Tantas cosas...

JULIÁN Y tú crees... (Aparte.) Ya sabe:..

MARÍA Yo no entiendo de eso...

JULIÁN Me calumnian, ¿no es cierto?

MARÍA Tú te tienes la culpa.

JULIÁN ¿Por qué?

MARÍA Si te unieras á don Federico y al Conde, otros hubieran sido tus fines y los de mi hermano; pero llevado de ideas generosas, quieres arreglar el mundo, y tus enemigos son tantos como los amigos y más poderosos.

JULIÁN ¿Tu me quieres?

MARÍA Vence, Julián, vence.

JULIÁN (Con pasión creciente.) Cuando ante mi imaginación caldeada por la idea, veía aparecer como

sombras chinescas, las imágenes de mi buen padre, de tí, de Juan y de mi hermana; me decía: ¡ten fe! que ellos velan. Y los engranajes pasaban de mi imaginación al papel tan rápidamente, convertidos en vida, como vistas de cinematógrafo. Y la sublime idea se transformaba en prosa, para convertirse en elemento de industria, que puede ser fuerza y redima al obrero. Mira esos planos; son mis hijos que han adquirido fuerza corpórea. Por ellos tú alcanzarás, conmigo, posición honrada, cariño, veneración... (Contemplándola.)

MARIA ¿Y si fracasas?

JULIÁN ¿También tú dudas?

MARIA Tengo miedo...

JULIAN ¿Correrás mi suerte?

MARIA ¡Ya lo creo!

JULIAN Entonces, nada temo.

ESCENA VIII

Dichos y JUAN, por el foro.

JUAN ¡Vamos hombre! Todos esperándote en la fábrica, y tú, nada, sin parecer. Tu padre que está allí con mi tío; el secretario de nuestra junta con una comisión y no se cuantos más, todos aguardan para que les explíques. (Recordando.) También están los directores de los periódicos locales, que esperan les hagas una descripción de tu invento, pues quieren tener el derecho de primacía en las noticias, antes que vengan hoy los periodistas madrileños y luego todo lo llenen con sus descripciones. Conque ves pronto.

JULIÁN Ahora mismo. (Váse foro. Llevando el plano.)

MARIA Voy á ver. (Sale segunda derecha.)

ESCENA IX

JUAN, sólo.

JUAN ¡Pero que gran hombre es Julián! Le quiero y le respeto tanto como le admiro. Ruda ha sido la lucha, y en él quieren cebarse los vampiros; pero está Juan más avisado que una ardilla, y en esta ocasión no les vale. ¡Ay, tío Federico!

Ni las patrañas ni las ofertas dan resultado en esta ocasión, que Julián tendrá quien le ayude en todos los terrenos, y más en este. (Enseñando los puños.) Ya se donde tiene su madriguera el buitre, y todos los días iré á arrebatarle su comidilla. Ya veremos quien puede más, si el astuto jesuita de hábito corto ó el honrado hijo del pueblo. Hay que disimular para que no se entere mi tío, pero ya llegará el día de la revancha, y, ¡está tan próximo! (Mira á la puerta derecha.) Mas, aquí viene Elvira.

ESCENA X

ELVIRA y JUAN

JUAN ¿Tú aquí otra vez?

ELVIRA La soga tras el caldero. (Coge el lío.)

JUAN ¿Te vas á ir pronto?

ELVIRA ¿Qué quieres que haga?

JUAN Sentarte y trabajar mientras conversamos.

ELVIRA (Deja el lío.) Me tienes muy enojada. Ayer sin venir á casa, y hoy sin buscar pretexto para hablarme.

JUAN Perdona, Elvira; más el trabajo de tu hermano absorbe todo mi pensamiento. ¡Ciframos en él tantas esperanzas! Y no todo es virtud, que también hay su parte de egoismo. (Con cariño. La hace señas.) Figúrete por un momento que el triunfo es decisivo, y que lo será, no lo dudes.

ELVIRA ¡Dios lo quiera.

JUAN Pues bien, montados los talleres en grande escala, yo seré el jefe de ellos. Haremos una fábrica á la moderna. Parte de un ala la emplearemos el interventor y su lugarteniente con sus respectivas familias. (Riendo.)

ELVIRA (Con mucha curiosidad.) ¿De veras?

JUAN Los obreros, nuestros hermanos, habitarán la otra, y el ala central, será la destinada á talleres Y cuando aquellas dos parejas de seres felices hayan dado el óprimo fruto de un gran amor, y los pequeños rapazuelos jueguen al lado del abuelo Pedro y del padre Patricio, veladores constantes de sus juegos infantiles, entonces podremos decir que Dios da al obrero cuanto se merece cuando es bueno.

ELVIRA ¿Te has vuelto poeta?

JUAN — Es que al lado de Julián se aprende mucho.

ELVIRA — Si tu hermana pensara como nosotros; pero yo no sé que la pasa que cuanto más aumenta el entusiasmo, ella desmaya. Todo se la vuelven misterios, está tan triste... Ahora la acabo de encontrar llorando.

JUAN — ¡Dios quiera que si yo me pongo, no tendremos la fiesta en paz.

ELVIRA — Será la emoción. El paso que va á dar Julián es tan decisivo...

JUAN — Ella tendrá bueno ó mal ceño, pero que el de las gafas anda en el juego no me cabe duda.

ELVIRA — (Tratando de disimular.) Aprensión.

JUAN — Elvira, nuestro cariño sin límites no nos permite tener secretos. Nacidos el uno para el otro, juntos saldremos de esta vida, porque así lo quiso el destino; por eso, yo he de decirte que en mi hermana no es oro todo lo que reluce, ni es tan libre como parece. (Con cariño.)

ELVIRA — (Sorprendida.) ¿Qué dices?

JUAN — Ayer, preocupado, queriendo aspirar el fresco de la mañana, me levanté en silencio y hallé sobre la mesa del comedor un escapulario y una carta que había dejado María olvidados al ir á acostarse. Yo creí que la carta sería de Julián, y (Riendo.) como ya sabe uno lo que un hombre puede decir poco más ó menos á la mujer que quiere, falté al secreto de la correspondencia íntima; quise leer y procedí á desdoblar la carta...

ELVIRA — ¡Curiosón!

JULIÁN — Lo primero que se presentó á mis ojos, fué una cruz y me dije, detrás de la cruz el diablo; porque esta no la hizo Julián. La carta estaba escrita en tinta azul en caracteres muy chiquitos, y, ¿de quien dirás que era?

ELVIRA — (Con más curiosidad.) No sé; habla.

JUAN — De Sor Teresa, la Priora del Sagrado Corazón, de Madrid. En ella le dice á María entre otros consejos que me callo, que ya sabría cual era el *cumplimiento que la compañía tenía impuesto á una hermana*, y subrayaba las palabras; que el buen hermano Federico la tenía siempre impuesta, de cuanto había de practicar en bien de la comunidad, y que en ella confiaba para amansar á *los dos apóstatas*; así como suena, poniendo á prueba su inteligen-

cia, conforme á las instrucciones de Don Federico, pues al fin María era el núm. 3.023 de las hermanas.

ELVIRA (Con pena.) ¡Pobre María!

JUAN Y no para ahí la cosa, pues cogí el escapulario, y al verle tan abultado, supuse si tendría algún escondite con *billetes del Banco;* abrile por ver si alguna vez se equivocaba esta gente, del centro saqué un papel muy bonito con una orla y un número en tinta roja, el famoso 3.023. Después, á vuelta de varios latinajos llamaba á María hermana, conforme las constituciones de la orden... (Pausa.)

ELVIRA ¿Y que era eso?

JLAN Una carta de Hermandad que ata á María al carro de esos papás negros. Mas no conviene que Julián se entere, ni mi tío, porque en estos momentos, para tu hermano sería amargar su ventura, y quien sabe si la cosa tendrá remedio aún.

ELVIRA ¿Qué hacer?

JUAN Nosotros á observar, y ¡ay del bribón del hermano Federico si la cosa se complica!

ELVIRA María viene.

JUAN Tú de aquí en adelante vigila á mi hermana, que yo me encargo del viejo de las antiparras...

ESCENA XI

Dichos y MARIA

MARIA Así me gustan las niñas, así, mano sobre mano.

JUAN Que queréis que hiciéramos, ¿rezar?

MARIA Hubiera sido una buena obra.

JUAN Eso se queda para gazmoñas é hipócritas. Yo sólo quiero rezar en el altar de mi devoción, adorar á mi virgen. (Señalando á Elvira. A María.) No te pongas colorada, que eso ya lo sabes hace tiempo.

MARIA Que cosas dices.

ELVIRA Calla, loco de atar.

JUAN Los locos y los niños... (Pausa. A Elvira.) Tu ya sabes que yo cuanto siento lo digo sin embajes, si peta, peta, y si no lo mismo; pero en mis palabras resplandece la verdad y no oculto la

mentira para hacer perjuicio al prójimo. Soy obrero.

MARIA — Sentencioso estás. (Aparte) Si el supiera.

ELVIRA — Vaya, vaya, cada mochuelo á su olivo. Hijos, con tantas nuevas no hace una nada; yo estoy más nerviosa... ¡Arriesgo tanto en el triunfo de mi hermano! Conque á casita y hasta luego.

JUAN — He madrugado tanto que quiero descansar un rato.

ELVIRA — (Cogiendo el lío y saliendo por el foro. A Juan.) Que no te retardes. (Juan la hace signos afirmativos. Váse foro izquierda. Juan primera lateral derecha.)

ESCENA XII

MARIA y DON FEDERICO

MARIA — A trabajar, así mataremos la pena que me embarga.

D. FEDER. — (Por el foro derecha con un papel en la mano.) A la paz de Dios, hermosa niña.

MARIA — (Aparte.) ¡Dios me valga y la Vírgen de la Paloma! (Pausa.) ¿Qué trae usted?

D. FEDER. — Muchas cosas santas. (Va enseñando las ofertas según indique la acción.) Medallitas de la Vírgen de Belem. Unas medallas del Sagrado Corazón para que siempre le tengas presente en los trances amargos de la vida, que te sacará adelante, ¿me entiendes?

MARIA — (Aparte.) ¡Piedad Señor!

D. FEDER. — Un rosario, hechas sus cuentas con trozos de raices por las hermanas de San Pablo, y por último, lo que más te va á agradar; un escapulario preparado en la forma que tu sabes. Yo no lo he mirado; pero según la madre, contiene muy sabias instrucciones. ¿Te enteras niña, te enteras? No luches, que vale más la conversación del alma, que todos los amores terrenales. Nada hay tan grande como el Sagrado Corazón de Jesús, y en servirle y adorarle estriva toda la felicidad en la una y en la otra vida. (Pausa. Reparando en María que cose sin levantar los ojos del suelo) (con enfado.) Niña, niña, que no me gustan esas distraciones; ó, amor de Dios ó amor terrenal, ahora tú verás. (Con mucha hipocresía.)

MARIA — (Aparte.) Cómo desatar...

D. FEDER. ¿Recuerdas los votos?

MARIA Sí, hermano Federico, sí.

D. FEDER. Plácemé que recuerdes en privado quien soy yo, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos? te acuerdas cuando por mandato de tu tío iba á preguntar por tí al convento? ¡Cómo varían los tiempos! Entonces eras una palomilla inocente que sólo veías la verdad en las doctrinas de aquella casa, y ahora te has puesto más apegada al mundo...

MARIA ¿Yo? (Tratando de disimular.)

D. FEDER. Sí. No me lo niegues; y lo peor es, que oyes malas doctrinas del dislocado de tu hermano Juan y el gran revolucionario de tu novio, y llegaría día, que si no fuera por mí, perderían ese coranzoncito de paloma sin hiel.

MARIA (Aparte.) ¡Tú si que la tienes!

D. FEDER. ¡Pacho! (Como recordando.) Se me olvidaba decirte una cosa.

MARIA ¿Qué es ello?

D. FEDER. Los enemigos de la religión, esos picarotes que capitanea tu hermano y apadrina Julián, se preparan á hacer á éste una manifestación si sale bien del trance en que está metido, y como dicen que si yo he hablado ó no he hablado, y no se cuantas zarandajas, tengo entendido que preparan la murga liberal para cantarme el trágala.

MAAIA ¿Mi hermano? ¿Julián? Serán cosas del pueblo.

D. FEDER. Ya les daría yo... pero en estos tiempos hay que tener paciencia y mala intención, porque sino todo se vuelven alborotos de los herejes irreligiosos...

MARIA (Mirando al relicario.) Estoy impaciente...

D, FEDER. Palomita de Nazaret (Se levanta.) queda con Dios, ya estás bien instruída. Haber si cumples mis encarguitos, y no te olvides de los consejos que te dan aquellas pobrecitas tórtolas del Sagrado Corazón. Me voy, no sea que vengan tus parientes y la emprendan conmigo, que estos días están más provocadorcillos. ¡Ay! Las flores tienen sus gusanos que las roen y malogran muchas veces, mas también la inteligencia tiene los suyos que anulan todo fruto cuando no conviene. (Reparando en María.) No me hace caso, parece atrofiada; pero ya la queda ahí el revulsivo. (Váse foro.)

ESCENA XIII

MARÍA, que á poco de desaparecer don Federico mira al jardín, cierra la puerta del foro, observa el cuarto donde se supone duerme Julián, cierra la puerta y vuelve al proscenio; recoge de encima de la mesa, en el momento oportuno, el escapulario; saca de él una carta y lee cuando requiera la acción.

MARÍA ¡Sola! ¡Gracias á Dios! (Rompe en llanto permaneciendo así un rato.) Educación, has sido para mí lo contrario que para todo el género humano; con los primeros pasos até á mi cuello el dogal que me ahoga. Sin padres en los primeros albores de mi vida, siendo mi hermano Juan aún inútil para el trabajo, fuimos recogidos por mi santo tío, que se impuso con nosotros una carga altamente gravosa; pues que llevado de sus hermosas ideas evangélicas, el poco pie de altar que produce la parroquia va á parar á manos de los necesitados, y la asignación de la mísma es tan corta que, gracias á que á mi buen hermano no le falta trabajo, podemos conllevar las miserias humanas. Y yo quiero ser libre; ¡sí!, libre como ave que saluda á la alborada; deseo ser la mujer de un rico inventor ó de un modesto obrero; pero no quiero que personas que debieron cuidar de mi educación, valiéndose de que era una niña inconsciente, mataron mi corazón. Crecí entre incienso, cánticos y rezos y encerrada cual nace la flor de estufa. Oía hablar de amores santos que purificaban el alma y la elevaban al cielo. Inesperta joven no creí que hubiera un amor más grande que el del Crucificado y el claustro; pero así como la flor al trasladarla al jardín en época oportuna, al recibir el purificador rocío, abre su corola á un impulso amoroso y embalsama el ambiente brotando de su ser aromas y colores, así yo al salir del claustro divisé una nueva vida y un amor más verdad á lo sagrado y á lo humano. Santidad es el amor; santo es el hogar; santa la familia; en el mundo se puede hacer mucho bien. Mas cuando quiero amar, quiero vivir y ser buena, tengo el dogal que

me une á la odiosa Compañía. ¡Sí! Ese escapulario me recuerda mi perdida libertad. (Con miedo.) ¿Qué contendrá? (La coge.) Veamos. (Abre el secreto, saca una carta y lee.) Frases cariñosas. (Lee con disgusto.) Pasemos por alto... ¡Ah! María: sabemos que Julián está en vías de triunfo, que puede ser el sostén de infinitos obreros, y no dudamos que será reducido por tí á ser un instrumento dócil... ó que pierda tu amor... ¡Qué orden! Yo no consentiré. ¡Malvados! (Con desaliento.) Son muy malos. Tengo miedo... (Con valor.) ¡Tengo también quien me defienda! ¡Fuerza por fuerza! Callaré hasta el último; mas digna y muerta ó de Julián, pero no malvada.

ESCENA XIV

María, D. Patricio y Sr. Pedro

D. Patric. Vamos, señor Pedro; hoy se rejuvenece usted veinte años.

María Calla, el señor Pedro con mi tío; (Aparte.) disimulemos. Cuanto bueno. (Se dirige al señor Pedro, éste entra y saluda, María le hace sentar.)

Sr. Pedro Buena falta me hacía; qué jaleo en aquella casita... Cuanto viva á Julián; no creí que tenía tan buenos amigos mi hijo; pero á fe que el pueblo entero toma parte en mi dicha. (A María.) Ven acá, mocita. Dichosa tú, tan hermosa y tan querida de propios y extraños y amada del hombre más bueno, más liberal y más noble, cual no hubo otro alguno.

D. Patric. Dejó usted el mejor abjetivo en el tintero.

Sr. Pedro ¿Cuál?

D. Patric. Y del más sabio.

Sr. Pedro (A María.) Estarás orgullosa de mi hijo, ¿verdad?

María Por qué no estarlo...

Sr. Pedro ¡Qué parejita váis á hacer! Antes de exhalar el último suspiro, me llevaré al sepulcro el único consuelo que en lo humano cabe; haber sido buen hijo, buen esposo y dejar un ser útil á sus semejantes, cual es mi hijo. Triunfe Julián y vosotros, unios, y ya nada, ninguna misión tengo que cumplir en el mundo.

D. Patric. (Riendo.) Sí; que el viejo tronco se complazca en verse cubierto de ramas que le den sombra.

Sr. Pedro Ya me parece ver á tu noble tío revestido con

la mejor alba y la casulla de tisú, dispuesto á uniros en eterno lazo.

MARÍA — Qué hombres más buenos... Esto conforta y consuela. Ni más ni menos que D. Federico.

D. PATRIC. — Vaya, María, ves preparando un refresquito, que pronto ha de venir Julián con sus amigos para salir de aquí á buscar la corona de laurel ó la palma del martirio.

MARÍA — (Con terror.) ¿Triunfante ó derrotado?

D. PATRIC. — Triunfante y por completo; porque las pruebas serán concluyentes.

MARÍA — ¿Quién sabe?

SR. PEDRO — ¿Tienes miedo?

MARÍA — Tal vez... Hay séres tan egoistas (Con mucha intención.)

D. PATRIC. — Quién hace caso de espantajos (A María.) Niña, á preparar, á preparar. (Aparece Elvira por el fondo.)

ESCENA XV

Dichos y ELVIRA

ELVIRA — Descansando ¿eh? (A los dos.)

D. PATRIC. — En espera...

ELVIRA — (Dejando un pañuelo de flecos sobre una silla.) ¡Qué día! Estoy tan nerviosa que me es imposible trabajar. Cada minuto en casa se me hacía un siglo. Vamos, no vuelvo á coger la labor interin esté mi espíritu intranquilo. Así que todo lo he dejado en casa manga por hombro y he vuelto aquí, atraida como por un imán.

D. PATRIC. — Bien hecho. Las dichas y las desventuras mejor se pasan juntos.

MARÍA — Vamos, Elvira,

ELVIRA — Empecemos. (María saca manteles de la parte baja del aparador y Elvira los extiende en la mesa de frente á la de Julián, donde hemos visto trabajar á éste. Luego, del cuerpo alto del aparador va sacando copas y jarras.)

SR. PEDRO — ¡Vaya un par de niñas!

D. PATRIC. — Ni con el Potosí se pagaría su gracia y su gentileza.

ELVIRA — Que lo va á saber quien puede enojarse. (A D. Patricio.)

SR. PEDRO — Son gente que no se enfada.

MARÍA — ¿Habráse visto? (Examinando la mesa.) que vengan cuando quieran, que ya no nos cojen desprevenidas.

ELVIRA — Pues oye, á propósito. (Indicando la calle.)

MORÍA — ¿Quién grita? (Se oyen vivas.)

D. PATRIC. Son gritos muy simpáticos.
MARÍA Pero ¿qué es ello?
SR. PEDRO ¿No oyes? ¡Viva Julián! (Elvira al foro mirando.) El pueblo entero le acompaña.
ELVIRA María, llama á Juan.
JUAN (Restregándose los ojos como de haber dormido.) No hacen falta mensajeros!
SR. PEDRO También eso va contigo.
JUAN Todo con Julián.
D. PATRIC. Sal á recibirlos. (Julián habrá avanzado hasta la puerta del foro, donde está María. De la parte de la calle primero se perciben vivas muy lejanos, luego más cerca, se irán oyendo los vivas á Julián, también se oye música que tocará un número patriótico. Poco después aparece Julián rodeado de un grupo de obreros. Detrás, grupo de periodistas. La disposición en los grupos en la escena que sigue, es el siguiente: Julián, en medio de los viejos; á la derecha, Elvira y Julián. Grupo de periodistas, en el espacio que media entre los obreros y el formado por Julián.)

ESCENA XVI

Dichos, JULIÁN, PERIODISTAS Y OBREROS

JULIÁN Gracias, señores, gracias. Ni merezco tanto, ni es tan grande la cosa.
PERIOD. 1.° ¡Primorosa!
ID. 2.° Hermoso y redentor es el invento; un prodigio; una maravilla
JULIÁN Ven acá, Juan. (Presentándole á los periodistas.) Mi socio.
JUAN ¡Estás loco!
JULIÁN Y ¿por qué?
JUAN Pues ¿qué he hecho?
JULIÁN Tanto como yo. No he visto un obrero más inteligente ni más entusiasta.
JUAN Déjame de elogios.
PERIOD. 1.° ¿Quiere darnos datos?
JULIÁN No; es mejor después de las pruebas.
PERIOD. 2.° Para usted, es lo mismo; para nosotros, ganamos tiempo.
OBREROS Explica, Julián.
JULIÁN Llevado de mi idea, quise hacer algo de más potencia y menos gastos que el *Derosne*, que es el aparato más perfecto en este ramo de la industria. Así como todo en la vida primero es germen, luego flor, después capullo, y más tarde rico y sabroso fruto, por las mismas

transformaciones ha pasado mi invento. Señores, estas luchas del genio siempre están en contraposición con las fuerzas del que las practica: debiera ser rico todo el que empieza un trabajo.

ELVIRA — Creo con toda mi alma que si Edisson no hubiera tenido dinero, sería á estas horas un hombre tan vulgar como el que más.

PERIOD. 1.° — Prosiga.

JULIÁN — Sin capital, en relación á la importancia de los gastos que mi aparato requería, he luchado con mi genio y mi pobreza; y gracias al bueno de don Patricio, que quitando á estos pobres amigos la mitad del pan de cada día, y ayudado por Juan, he podido llegar á este día tan suspirado por mí. Sólo me resta decir (Con valentía y fijándose en Federico), que cuanto es el aparato es mío, y muy mío; que yo *no robo á nadie, según costumbre de los modernos vampiros*. Con la fe de la idea inventé; con la resignación del mártir espero el fallo de la opión pública. Amor, amistad, poder, todo lo he arriesgado en este aparato; si no triunfo, seré un loco, según el mundo juzgó ya; mas si triunfo, el amor y la amistad para mí; el bienestar para mis compañeros de trabajo.

TODOS — ¡Bravo, Julián, Bravo!

ESCENA XVII

Dichos. El CONDE DE CARRIÓN y D. FEDERICO.—Estos aparecen en la puerta del foro izquierda.

CONDE — Con permiso.

D. PATRIC. — (Adelantándose.) Es de usted esta casa.

CONDE — Gracias...

D. PATRIC. — ¡Callemos! Hay que usar de prudencia. Tomen asiento. (Toman asiento los dos á la derecha del foro, frente á la mesa de Julián).

D. FEDER. — ¿A qué obedecían esos bravos que se oían, y que han cesado en el momento de entrar nosotros?

PERIOD. 1.° — Julián explicaba... (A Julián.) Continúe.

TODOS — Sí, sí.

JULIÁN — Pronto han de ver las pruebas de ese aparato, hecho con mil trabajos; quemando hasta el último cartucho. Terminado el invento, por ahí acabó la lucha; pero empieza una nueva.

PERIOD. 2.° — ¿Porqué?

JULIÃN — Ahora á suplicar, de puerta en puerta, capital para la construcción en grande escala. Y gracias á que encuentre españoles decididos y no tenga que entregarme en manos extranjeras.

CONDE — Señores; por medios que no he de decir he conocido, paso á paso, todas las vicisitudes porque esta honrada familia ha pasado. (Con falsa modestia.) Dispongo de cuantiosos bienes. La fábrica, la pertenencia de su fuerza motriz, todo es mío. Cuanto tengo está á la disposición de Julián, llenadas las formalidades consiguientes. (Mirando con mucha atención á don Federic).

TODOS — (Menos María, que observa con mucha atención.) ¡Viva el conde de Carrión!

JULIÁN — (Con recelo.) Luego me propone...

CONDE — Sincillamente, asociarnos. He aquí las condiciones.

JULIÁN — (Lee para sí enmedio del mayor silencio, y después devuelve el pliego al conde.) Acepto. Firme usted. (Al conde.)

CONDE — No. usted primero.

JULIÁN — Coge la pluma para firmar. (En este momento María se adelanta.)

MARÍA — Julián, tu no firmas eso.

JULIÁN — (Sorprendido.) ¿Porqué?

MARÍA — Porque ni tu puedes ser esclavo, ni tus amigos tampoco.

D. FEDER — (Acercándose á María y hablando bajo en tono amenazador.)

MARÍA — Antes la muerte. Se me ha alhagado para que fueras á caer en una emboscada. Yo me he negado. Después, amenazas de ruina; ¡qué se yo! Todo es obra de don Federico y sus secuaces; el conde es un dócil instrumento, como lo he sido yo hasta hace poco.

D. PATRIC. — ¿Una infamia más?

MARÍA — Yo no he sabido lo que era mundo hasta que me lo has hecho comprender. Ahora que se ciernen sobre nuestras cabezas males sin cuento. La que fué esclava de falsos cristianos, busca refugio en la familia obrera. (María pasa del grupo formado por D. Federico y el Conde al en que están los obreros y Julián, y queda apoyada en éste buscand amparo.

CONDE — Mi intención...

JULIÁN — ¿Con que al acto de nobleza era una infame red que se nos tendía? ¡Salga usted de aquí, mal noble. (Julián se acerca á donde está don Federico, que procura ocultarse.) Y usted no se prepare, que

por esta vez si que se quedó sin presa. ¡Salga usted también!

D. FEDER. (Con tono arrogante.) Separación de campos.

JULIÁN Hemos acabado de conocernos.

CONDE ¡Ya volveremos!

JULIÁN Cuando quieran. Estamos en el siglo de las luchas. ¡Obreros de la inteligencia, obreros manuales, á mi lado! A defenderse de los explotadores del antiguo régimen. Por esta vez, el fruto de un trabajo honrado no será sangre que absorvan los vampiros. (D. Federico y el conde por el foro. Cabizbajo, Julián, los contempla sonrientes. Cuadro.

FIN DEL ACTO PRIMERO

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

María y Elvira, preparan la mesa, y haciendo lo que indique el diálogo, van alcanzando objetos del aparador.

Elvira — ¡Qué jaleo! Hoy la casa por la ventana.

María — Vengan las copas. (Alcanza la licorera.)

Elvira — ¡Bendito Dios! Tras de la tempestad viene la calma. (A María.) Anímate, que ya es hora que desarrugues ese ceño; ya volaron los cuervos á su refugio.

María — Ya volverán.

Elvira — Poco acontecido que iba el rey de la banda sin presa.

María — (Sentenciosa.) Aún no es tarde.

Elvira — Pasado el miedo de la primera impresión, causada ante la actitud de tu tío, mi hermano y Juliáa, ¿á que no sabes lo que me hacía reir en mi fuero interno?

María — ¿El mieditis del Conde?

Elvira — No, hija, no; el miedo de la pantera ante el domador. (Riendo.) ¿No te has fijado en los circos, en aquellos feroces felinos que en jaula de fuertes hierros tiene aprisionados el domador. Sus rugidos imponen pavor en el ánimo más sereno; mas de pronto él, penetra en la jaula, y el rey del bosque, el chacal y la hiena tiemblan ante la mirada del sereno dominador.

María — Chica, te inspiras. (Riendo.)

Elvira — Pues, don Federico, acosado por la actitud de tu tío, la arrogante mirada de Julián y la preparación de tu hermano á demostrar sus razonamientos contundentes, (Haciendo ademán de pegar.) temblaba como tímida gacela; y al quitarse los anteojos para limpiarlos, vi rodar por sus enjutas mejillas dos lágrimas, engendradas por el miedo y la ira. (Riendo.)

MARÍA — Ríe, ríe; que tal vez pronto nos hagan llorar. Tu has comparado á don Federico con la fiera que tiembla ante el látigo del domador; pero yo te digo, que todos los de su calaña tienen la mansedumbre de las corrientes de los ríos: serena la superficie, traidores los pozos donde tienen su fin.

ELVIRA — No hay miedo. Estas plazas tienen muy nobles y bravos defensores. No velemos la alegría de esta cosa que, sino unas Agustinas de Aragón como la historia que aprendí decía, somos personas honradas para esperarlo todo en la justicia de las causas santas.

MARÍA — Vaya, ya está todo dispuesto. Cuando quieran que vengan los convidados.

ELVIRA — Qué muchachos más simpáticos esos periodistas madrileños. Te aseguro que en nuestro modesto almuerzo no han de hallar numerosos platos de nombres raros y condimentos exóticos; pero sí encontrarán en la casa del obrero menos etiqueta, más franca hospitalidad y más verdad en todo, que en la casa de los ricos.

MARÍA — ¡Presumida!

ELVIRA — Al sentarse á la mesa yo les diré: hay que dispensar caballeritos. Si el menú no satisface ¡paciencia! El pan que se sirve fué comprado con el fruto de un trabajo honrado adquirido en noble lucha, como también la adquieren los obreros de la inteligencia, un poco amargo pero muy sabroso. Y las salsas están condimentadas por manos de obreras, con tanta sal como las de cualquier dama encopetada. El obrero ofrece cuanto tiene en su hogar; pero á cambio no pide nada, sino franqueza. (Con mucha intención.) No quiere adulación. Si el invento de Julián no vale, conmiseración; si es bueno, justicia; que aquí no se trata de ningún negocio de grandes millonarios ni esos truts, como ahora se dice; y Antonio Viergol, Pepe Cruz, Labra; Maestre, Tesifonte y sus buenos compañeros aplaudirán mi sobra de franqueza.

MARÍA — Y de atrevimiento.

ESCENA II

Dichos y JUAN, por el foro.

JUAN — (Entra tirando la gorra al alto.) ¡Chicas! ¡Chicas! Triunfo en toda la línea! Vengo por vosotras

MARÍA (A Elvira.) Ve tú á la fábrica á presenciar el triunfo de tus hermanos) que yo no puedo.

ELVIRA (Con interés.) ¿Qué dicen los periodistas?

JUAN El entusiasmo es grande; uno toma notas apoyado en alguna pieza de la máquina; otro escribe sirviéndole las rodillas de mesa; aquél pregunta; éste inquiere, y todos, sin darse punto de reposo, alaban al inventor y elogian el talento y la constancia de Julián. El más entusiasta es ese pequeñito de *El Liberal*, enemigo acérrimo de esa secta. Ni su pluma cesa de escribir ni su lengua de perorar.

ELVIRA ¡Debe ser más listo!

JUAN. Si con la fuerza que tienen esos hombres que manejan el *cuarto poder del Estado*, fueran tan malos como son otros y estuvieran asociados en la forma que los obreros, nadie nos tosía á todos; pero por desgracia para ellos, hablan de libertad y también son muy explotados. (Transición.) Mas ya he puesto el paño al púlpito y no es hora sino de presenciar los triunfos de él, del gran hombre. No quisiera más, sino que se hubieran presentado allí los vampiros; ¡vaya una ovación que les esperaba!

MARÍA ¿Qué hace Julián?

JUAN Hecho un coloso de la idea y de la palabra; practica, y cuando estruendosa salva de aplausos premia su trabajo, colora sus mejillas el carmín y parece que piensa en algún ser ausente á quien legar aquellos aplausos.

MARÍA ¡Exagerado!

JUAN Piensa en tí, no lo dudes.

ELVIRA ¿Vamos, Juan?

JUAN Sí; vamos. (A María.) No te descuides. A ver si se agarran las natillas hechas por tus manos de gloria, no digan los chicos de la prensa que eres manca.

MARÍA ¡Loco, loco!

JUAN (Al frente.) ¡Vivan los hijos del trabajo! (Vánse Juan y Elvira por el foro derecha.)

ESCENA III

MARÍA

¡Venturoso día! Libre, libre de travas que oprimían mi espíritu como un dogal al cuello; hoy la felicidad me sonríe; sin consejeros impertinentes y autoritarios; al miedo ha susti-

tuído la alegría; feliz él, embriagado y partícipe mi hermano; bien puedo exclamar: ¡Bendito sea el trabajo! También yo, merced á él, soy feliz y libre como el ave.

ESCENA IV

María y Federico, que las últimas palabras las oye desde el foro.

D. Feder. No tanto, no tanto como tú crees.

María ¡Dios mío! ¡Por qué este hombre aquí! ¡Satánica visión! ¿por dónde entraste?

D. Feder. (Con ironía.) Por ahí; por la puerta.

María (Llamondo con terror.) ¡Julián!

D. Feder. Silencio, niña. No vendrá en un buen rato tu prometido. (Con ironía más marcada.) Es de demasiado vano para no entretenerse en explicaciones, cuando hay quien se las pida, y ahogue su amor propio, y por esta vez alguien cumplirá el encarguito; así podremos hablar con sosiego, porque en un buen rato, ninguno ha de venir á molestarnos; yo te lo aseguro. ¡Ingratona! ¿quién te dijo que no volvería? La constancia y la fe son los móviles que impulsan nuestra orden. Yo creí que no lo habíais olvidado.

María (Con terror.) ¡Callad!

D. Feder. Hablad, habréis querido decir. ¿Créeis que quien una vez promete, quebranta así como así el juramento? Es decir, puede hacerlo; pero se atiene á las consecuencias...

María Rompí mi promesa...

D. Feder. Corriente, corriente; más vamos á cuentas. ¿De quién es este pueblo?

María Del Conde de Carrión. (Con miedo.)

D. Feder. ¡Muy bien! ¿Y el salto de aguas que utiliza Julián.

María Del Conde de Carrión; pero lo paga.

D. Feder. Luego el Conde es...

María Un déspota de los tiempos antiguos, en un siglo de libertad.

D. Feder. La ley le ampara...

María Le ayuda en sus malos fines.

D. Feder. Ya sabes que el Conde no es un Tenorio de la antigua cepa: su amor es el de la compañía; esclavo de su honor y su juramento, vive apegado á nosotros como la *perla á la concha.* Cuanto yo le diga, cuanto yo le insinúe, él lo

ejecutará al momento. Desgracias sin cuento; sólo Dios sabe el mal que el Conde puede hacer...

MARÍA ¡Infame! (D. Federico sigue hablando.)

D. FEDER. Todos vimos un buen muchacho en Julián, y nos dijimos: su invento es grande. El puede hacer de los obreros de su comarca *buenos* ó *malos adeptos* á *nuestra causa;* si á nosotros se entrega con armas y bagajes, amor, fortuna, tranquilidad, todo le brinda; sino, guerra, exterminio, y quién sabe á dónde pueden llegar los males.

MARÍA Todavía se atreve usted á amenazar después de lo pasado.

D. FEDER. Una sorpresa cualquiera la tiene; pero hoy traigoarmas con que defenderme. Nosotros utilizamos todos aquellos recursos y elementos que nos convienen, y el telégrafo (Con intención.) es una maravilla; á lo menos lo fué en esta ocasión para mis fines. Es tan amable el *ministro*, que nosotros hicimos que, sumiso y obediente, pone á mi disposición todos los medios de defensa.

MARÍA Me amenaza usted á mi porque soy una pobre mujer; pero no lo hará así cuando ellos vengan. Ya se verán ustedes las caras.

D. FEDER. ¡Ya lo creo que nos las veremos! Vuelve al redil, oveja descarriada; para tí será el mundo fuente inagotable de ventura.

MARÍA ¡Antes la muerte! No vuelve á la jaula el ave cuando se ve libre de la opresión y comparte las alegrías en familia.

D. FEDER. ¿No te convencen mis razonamientos?

MARÍA ¡No!

D. FEDER. Pues la fuerza bruta será la que se imponga. (Saca un papel, se acerca á María y hace que lea.)

MARÍA (Con terror.) ¡Una orden de registro de mi casa! ¿Por qué?, cuando somos todos gentes honradas. Yo diré á los periodistas lo que ocurre.

D. FEDER. (Con alegría.) Si te obstinas será tarde.

MARÍA (Con valentía.) Marche usted de esta honrada casa, no la vuelva á pisar, que el escarmiento será terrible.

D. FEDER. Maldición para tí y los tuyos sino te pones de mi parte.

MARÍA ¡Salga usted de aquí!

D. FEDER. ¡Te pierdes!

MARÍA Vengan los males que quieran, pero el fruto del trabajo de honrados obreros no irá á enri-

quecer ni á dar poder á sus sectarios en esta ocasión. La hija del obrero sabrá morir si es preciso; pero no comprometerá un solo hermano.

D. FEDER. Me ciega la ira.

MARÍA (Con terror, al que avanza don Federico hacia ella.) ¡Socorro!

ESCENA V

Dichos y D. PATRICIO, por el foro derecha. Penetrado de la situación, avanza al proscenio.

D. PATRIC. ¡Qué es esto, María!

MARÍA (Llorando.) Nada...

D. PATRIC. (A D. Federico.) ¿Por qué usted aquí otra vez?

D. FEDER. Porque les quiero y he venido á prestarles un servicio.

MARÍA A amenazarnos con todas las plagas de Egipto.

D. FEDER. Tengo que hablar á solas con usted.

D. PATRIC. (A María.) Déjanos. (Aparte.) Le escucho por caridad. (María permanece perpleja.) No temas; déjanos.

MARÍA (Aparte.) Daré una vuelta, pero no me iré muy lejos. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI

D. PATRICIO y D. FEDERICO, se sientan.

D. PATRIC. Ya estamos sólos; hable.

D. FEDER. Ya sabe cuánto me interesé siempre por ustedes y con qué malos ojos han visto todos mis afectos y buenos consejos (Con falsa humildad.)

D. PATRIC. (Con sequedad.) Muchas gracias.

D. FEDER. Mientras ví marchar á ustedes por un camino de ilusiones, pero sin peligros, nada hice sino dar muy buenos consejos; más hoy, un amigo oficioso me dice que hasta el obispo de la diócesis han llegado no se qué noticias que envuelven prejuicios contra usted, y que si se aclaran ciertos hechos que *han de depurarse en otro sitio* (Esto dicho con mucha intención.) á usted le serán retiradas las licencias y tal vez sujeto á un expediente ruidoso. Yo me he anticipado á telegrafiar en cifras convenidas, y por grande que su enemigo sea, algo más espero que valga mi pobre influencia para cortar el escándalo. Haga caso de mí, D. Pa-

tricio; convenza á su ilusa familia y este pueblo será el mejor del mundo.

D. PATRIC. Siempre el bien practiqué. Mí casa fué siempre asilo del pobre en sus tribulaciones; consuelo del rico en sus infortunios; todos me bendicen, y si mis canas manchase la calumnia de usted, el sol de la verdad brillaría sobre mi frente acrisolada, aún más con la corona del martirio.

Huid de aquí, porque si el pueblo se enterase de la vil acción que usted trata de cometer, ni mis consejos ni mis canas servirían de defensa á tanta maldad como en usted se cobija. Yo soy el siervo de Dios que cree en El; usted y los suyos, los que le invocan para explotarle.

D. FEDER. ¡D. Patricio!

D. PATRIC. Jesuita de hábito corto es usted; sus procedimientos son los de siempre; ni un sólo momento de consuelo para el que sufre; mas los grandes dolores son para ustedes armas poderosas, no para aplicar el bálsamo á las heridas, sí para ahondarlas en propio provecho.

D. FEDER. Religión es la nuestra como la suya.

D. PATRIC. Nuestro Dios es de bondad, más ustedes le utilizan como escarnio.

D. FEDER. No exajere. Como prueba...

D. PATRIC. Para que vea que les conozco, é aquí una carta (La saca.) que encontré; por cierto que viene como anillo al dedo. Es de una época en que las influencias de arriba estaban de parte de ustedes. La buena de doña Mariana de Austria combatía á D. Juan, instigada por aquel bendito padre Everardo, de nacionalidad alemana; D. Juan de Austria, preso en Consuegra, estudiaba los medios de emprender el camino del reino de Aragón para volver victorioso á Palacio después de arrojar de allí á la fiera jesuítica.

D. FEDER. ¡Qué pesadez!

D. PATRIC. Un su partidario le dirigió á D. Juan la siguiente carta escrita por el gran Ignacio de Loyola, en otros tiempos y en un caso parecido. Oid algunos párrafos:

«No le acongojen las calumnias de ese malvado hijo mío. Mis oraciones no han alcanzado de Dios que no prosigan la relajación en la Compañía que tanto trabajo y lágrimas me

costó fundar. Su Divina Majestad me hizo inspirarla en freno y ellos la practican en *desenvoltura*.. Tanto fausto; tantas riquezas; tantas conversaciones y visitas y tanta estimación como ya sin mi temor apetecen. Si en mi sagrada religión cupiera el arrepentimiento, le tendría grande de haberla fundado, La vestí de tosco paño, y hoy visten con elegancia; tienen copiosas rentas, mullidos lechos; poco coro y mucho refectorío. Esta esplendidez les hace entrarse por los *palacios de los grandes* y ejercer presión sobre las conciencias. Tienen la culpa de cuanto ocurrió en el mundo en esta época ¡Qué bien harían los pueblos desterrando con el hecho mis estatutos y á quien los practica!»

D. FEDER. (Muy irritado.) No profane, no profane.

D. PATRIC. Escuche, escuche... (Queriendo continuar.)

D. FEDER. Pero hombre, por oué habrá quien se acuerde de todo. (Alto.) Fuertecillo es eso. Dejémonos de embajes. ¿Usted me ayuda para hacer un bien al pueblo y á la moral cristiana?

D. PATRIC. Soy libertador; no verdugo,

D. FEDER. ¿Aténgase á las consecuencias!

D. PATRIC. ¿Me amenaza en mi casa otra vez?

D. FEDER. ¡Le amenazo! Aquí somos dos hombres. Las fuerzas son iguales, el humilde hijo de Jesús va á convertirse en lobo rapante de los cuarteles heráldicos; usted es un mal cura que va á pagar caro su atrevimiento.

D. PATRIC. El humilde sacerdote de la aldea siempre predicó paz entre hermanos; mas usted no es un hombre *sino un vampiro* que se nutre, como sus sectarios, de la desgracia; por eso no he de torturar mi conciencia ejerciendo un acto contrario á la caridad del Crucificado. Este hogar es mansión del bien, oasis del amor santo, bendecido y honrado por hijos del trabajo, siempre hubo en él un sitio para el desvalido; jamás en él se profirió amenaza ni palabra mal sonante para nadie que atravesara esos humbrales; pero usted ha profanado esta casa bendita y de ella sale con el estigma del malvado en la frente ó se marcha ense guida sin proferir palabra...

D. FEDER. ¡Mal cura... ya nos veremos!

D. PATRIC. ¡Esto más! ¡Dios no tenga en cuenta mi mala obra! (Va á lanzarse sobre D. Federico. Este huye por

la escena, y en el preciso momento que va á salir por la puerta foro aparece Juan, que adivinado la escena en el momento de trasponer Federico la puerta foro.)

ESCENA VII

Dichos JUAN y MARÍA. Juan pronuncia las primeras palabras desde foro, y al ver salir de huída á don Federico le pega, dejándole paso para que acelere la salida.

JUAN ¡Preparen!

MARÍA ¡Socorro! ¡Ahí va la fiera!

JUAN (Pegando á don Federico en el momento de salir.) A la zorra candilazo. (Une la acción á la palabra. Después mira á la parte de fuera por donde ha salido don Federico.) ¡Como corre! Ni que llevara el demonio en el cuerpo. (Llamándole.) Ven aquí. Espera... ¡Ni por esas! (Vuelve á la escena á interrogar á María.) ¿Qué ha ocurrido con ese pícaro?

MARÍA Ha querido pegar al tío.

JUAN (Con furor, preguntando á don Patricio.) ¿Qué dice María?

D. PATRIC. La verdad. Si no á pegarme vino con tales amenazas, que yo que no me sublevo nunca, estuve á punto de hacer un escarmiento ejemplar con ese mal hombre.

JUAN Voy en su busca, y donde le coja...

D. PATRIC. Déjale ya en paz y en gracia de Dios.

MARÍA Oyes... música.

JUAN Es el pueblo que acompaña á Julián. (Fuera se oyen los ecos de la música que toca la Marsellesa (se dejó de tocar en el estreno por orden del delegado). Primero figura oirse muy lejana, luego más próxima, hasta que aparece la comitiva en el foro. Se oyen vivas.

MARÍA ¡Consolación!, ¡consolación! Esa música nos resarce con creces del disgusto que acaba de llevar el pobre tío. (María va á la puerta del foro mirando hacia donde se supone ve venir la comitiva.) Juan, Corre, corre. Mira que grupo más bonito. (Juan avanza y ambos hermanos miran con curiosidad hacia la parte de fuera del foro; don Patricio permanece en el centro de la escena, siguiendo con curiosidad los movimientos de lo que marca el diálogo de María y Juan.)

JUAN Delante vienen los obreros de la inteligencia; siguiéndoles los obreros manuales. He ahí una colmena sin zánganos. (Se oye un viva Julián cerca de la puerta del foro.)
(Dirigiéndose á los de fuera.) Viva la aristocracia

de la inteligencia y del trabajo! (Descubriénndose. La comitiva penetrará por este orden: Primero los periodistas; después Julián y pueblo.)

ESCENA VIII

Dichos, JULIÁN, PERIODISTAS, OBREROS. Julián muy conmovido tiende una mano á Juan y otra á María. Todos aplauden. La disposición de los personajes al tomar asiento, será la siguiente: D. Patricio muy cerca del público sentado en la parte de la derecha; luego los periodistas mitad á un lado y mitad á otro; después pueblo; Julián en último término y dando frente al público, muy cerca de él, María y Julián.

JULIÁN (Sentándose.) ¡No puedo más!
PERIOD. 1.° Hay que hacer un esfuerzo.
OTRO Es preciso que continúe la información.
JULIÁN Me es imposible.
UNO DEL PL.° Anímate, explícanos.
JULIÁN (Queriendo recordar.) ¿En qué quedamos?
PERIOD. 1.° En la descripción de los tubos interiores.
PERIOD. 2.° No, hombre.
OTRO Para la información lo mismo da una cosa que otra; todo es sublime. Después de oir al inventor cada uno *inventará*... para hacer su artículo. (Todos ríen.)
PERIOD. 3.° Y... así se escribe la historia. (Continúan las risas.)
D. PATRIC. ¿Vale lo que Julián hizo?
PERIOD. 1.° ¡Es un portento!
TODOS ¡Un asombro de paciencia y estudio!
D. PATRIC. ¡Cuanto trabajó el pobre!
JULIÁN (Como recordando.) En eso estábamos en la poca protección que aquí obtiene el trabajo y en los obstáculos que hay que remover para llegar al fin deseado. En fin, ya han presenciado...
JUAN Tú llegaste sin ayuda de malas semillas.
PERIOD. 1.° Hagamos al revés de lo que en los banquetes. (Reparando en unas botellas de cerveza que hay sobre la mesa.) Antes de trabajar brindemos (Descorcha y echa en los vasos que previamente tendrán en las manos Julián, María, don Patricio y Juan.) por el gran triunfo de Julián, por la felicidad de su familia, y de lo que más quiera, por la tranquilidad y ventura en los últimos días de su anciano padre.

ESCENA IX

Dichos y ELVIRA, que al pronunciar el periodista las últimas palabras entra por el foro, sosteniendo á su padre. Su agitación y la del anciano revelan temor é inquietud.

ELVIRA (Cae sobre una silla que hay en en el foro izquierda y entra seguida de su padre) ¡Dios mío! ¡No puedo más! (Todos quedan sorprendidos. Juan acude á auxiliarla.)

JUAN ¿Què sucede?

ELVIRA ¡Julián! ¡Hermano! ¡Huye! ¡Qué desgracia! ¡Infames! (Rompe á llorar.)

JULIÁN ¿Pero, qué es ello?

D. PATRIC. Sí; sepamos...

JULIÁN ¿Llora mi padre?

ELVIRA El Juzgado está en casa registrándolo todo... Del cuarto que da al pasillo han sacado dos bombas y un manojo de periódicos que nos comprometen según dicen .. Yo he aprovechado un momento de descuido y he huído con mi padre; pero nos buscarán... Vendrán aquí; porque quieren prenderos. (Con desesperación, á los periodistas·) Vosotros, ayudadnos. No dejéis que se cometa una infamia.

MARÍA ¡Esa era la orden!

JULIÁN ¿Cuándo y cómo pudieron entrar esos aparatos infernales en casa? Muchacha, tú sueñas.

SA. PEDRO Cierto, cierto, Julián, cuanto tu hermana dice. ¡Nos han perdido! ¡Huye!

JULIÁN Yo, ¿por qué he de huir? Soy inocente y no comprendo.

JUAN ¡Una infamia más! Venga cuando quiera la justicia. (Con mucha valentía.)

ESCENA ULTIMA

Dichos, JUEZ, DELEGADO, GUARDIAS y POLICÍAS.

D. PATRIC. (Con terror.) ¡El Juez!

JUEZ (Entrando.) Vengo en nombre de la ley á cumplir una misión ingrata.

JUAN Nada tiene que hacer la justicia donde sólo se reunen los hombres honrados,

JUEZ El delito reviste muchas formas y caracteres que le acusan ante la ley.

JULIÁN ¿Por qué usted aquí? ¿Por qué atribular á este pobre viejo que vino huido de su casa buscando amparo á la injusticia?

JUEZ D. Patricio, aquí no valen los hábitos sacerdotales que amparen una maldad ¡Daos preso!

MARÍA ¿Mi tío? ¡Que villanía!

D. PATRIC. ¿De qué se me acusa?

DELEGADO Hay pruebas convincentes.

JUEZ Vos, Pedro. también sois preso.

ELVIRA (Llorando se abraza á Pedro.) ¡Padre mío!

JUEZ Vosotros (A Julián y Juan.) instigadores principales culpables de un complot anarquista, preparaos á ser conducidos á la carcel.

PERIOD. 1.º (Al Delegado.) ¿De qué se les acusa?

DELEGADO De anarquistas furibundos, que bajo el pretexto de hacer un invento útil para la humanidad, fraguaban en la sombra el más horrible plan, que diera por resultado una gran desgracia.

MARÍA ¡Son inocentes!

PERIOD. 2.º Preveo una gran infamia.

JUEZ (A los guardias.) Atad á los presos y que sean conducidos con las seguridades que requieren. (Los guardias van separando á los presos del grupo y formando cuerda á medida que indique la acción.)

PERIOD. 1.º Pero ¿hay pruebas?

DELEGADO Una delación ha dado los indicios para hallar las bombas y numerosos folletos encontrados en la casa de ese mocito... (Señalando á Julián.)

GUARDIA (Pegándole.) ¡A la cuerda, bribón!

JUEZ Llevarse los presos. Y nosotros formaremos aquí las primeras diligencias (Al ponerse la cuerda en marcha se adelantan María y Elvira hacia el grupo. María cae de rodillas ante el juez. Elvira, después de lo que indique el diálogo, queda abrazada á su padre.)

MARÍA (De rodillas.) ¡Por favor, señor Juez! ¡Son inocentes! (Llorando.)

ELVIRA Señor Juez, es una delación de un infame, mandado por otros. No se los lleve, yo probaré su inocencia

JUEZ ¡Fuera! (A María.) ¡Cuanto antes! (Con compasión.) ¡Pobres niñas!

JULIÁN Puesto que todo hombre honrado está expuesto á las asechanzas del más poderoso, y la justicia busca, ciega muchas veces, el delito donde no existe, hay que hallar en la fuerza la razón del derecho. Jesuitismo, moderna

bastilla del género humano, tú caerás si algún día puedo, como todo lo que es caduco.
Bajo el estigma de hombres malvados, hoy empezamos á luchar por el honor social en el presidio. ¡Marchemos á la carcel á buscar caridad y justicia! (Elvira queda abrazada á su padre.)

MARÍA ¡Hermano!

ELVIRA ¡Padre mío! ¡Solas!

TELON MUY LENTO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Celda de un convento, pero al mismo tiempo que en ella se revele su clase mística, denote en su mobiliario aspecto profano. El mueblaje se compondrá de una sillería de tela chillona con flores; en el centro, una mesita cuadrada con paño rojo; junto á ella, un sillón y enfrente una silla en la que aparece sentado el padre Ramón, Provincial de la Orden y D. Federico en la de enfrente. En una de las paredes un crucifijo pequeño.

ESCENA PRIMERA

PROVINCIAL DE LA ORDEN y D. FEDERICO.

PROVINCIAL ¡Admirable hermano Federico! Así cumplen los buenos hijos la misión que se les confía.

D. FEDER. (Con humildad.) Gran parte del éxito se debe al Condesito de Carrión.

PROVINCIAL ¿Cómo fué aquello?

D. FEDER. (Con falsa modestia.) ¡Pechs! Poco hubo que hacer. Todo el mundo acudió en tropel á la maldita fábrica de Julián. Unos á presenciar las pruebas; otros á disfrutar del gaudeamus; las mujeres por curiosidad, y los más, para hacer de comparsas para gritar como desaforados; es lo cierto, que el pueblo se había quedado en sus casas sin un habitante, es decir, uno había; el padre de Julián.

PROVINCIAL Y entonces...

D. FEDER. Entonces llegamos á la ventanita que yo dejé por dentro con el pestillo abierto, aquella cedió y (Hace ademán de tirar algo.) después ahí va la carga... Nos alejamos el Condesito y yo de aquel sitio, y esperamos los sucesos.

PROVINCIAL Luego...

D. FEDER. Luego, la policía; el Juez, el registro, el hallazgo; la prisión, unos pícaros en la carcel y

unas palomas sin guía ni hogar acobardadas, temiendo al gavilán y esperando quien las defienda. (Este parlamento dicho con mucha intención.)

PROVINCIAL ¿Vendrán?...

D. FEDER. ¡Ya lo creo que vendrán! todas las cosas tienen su camino. Primero amenazas, después... súplicas... Es la ley del fuerte contra el débil.

PROVINCIAL ¿Se llamó al ministro á recibir órdenes?

D. FEDER. Cumplimentaron los hermanos todo en bien común, con arreglo á lo mandado.

PROVINCIAL Salid y aguardad.

D. FEDER. Está bien. (Sale foro.)

ESCENA II

PROVINCIAL, UN LEGO, poco después un Caballero con traje elegante que revele ser de gente acomodada. Llaman á la puerta foro.

PROVINCIAL Entre hermano.

UN LEGO El Sr. Ministro...

PROVINCIAL Pase. (Se retira el lego.)

MINISTRO (Entrando con humildad.) No he podido venir antes; pero yo le aseguro que tan pronto como abandoné el telégrafo donde me reclamaban asuntos de seguridad personal y del Estado, aquí vine á ponerme á sus órdenes.

PROVINCIAL ¿Insinuó al de Gracia y Justicia mi deseo?

MINISTRO Están los delincuentes recomendados. (Con intención.

PROVINCIAL Se les ha prometido...

MINISTRO Absolutamente todo... Castigos, dádivas, promesas; nada les conmueve.

PROVINCIAL ¿Los dos?

MINISTRO Los dos.

PROVINCIAL ¿Cual es más recalcitrante?

MINISTRO El obrero mecánico, es el que quizá se redujese; pero el inventor, dicen que ha llegado al colmo de la desesperación y que el otro no se reduce por oir sus doctrinas.

PROVINCIAL Es menester separarlos.

MINISTRO (Intercediendo.) Por umanidad...

PROVINCIAL (Muy severo.) Señor Ministro: si hubiésemos sido humanos los demás, no sería usted el que ocupase ese alto puesto.

MINISTRO (Con humildad.) ¡Perdón!

PROVINCIAL Es menester que se agoten todos los extremos

con esos mozos; el interés nuestro así lo exige.

MINISTRO PROVINCIAL Se hará Amor, gloria, todo se le ofrece, todo menos dinero; .. ese para la Compañía. Mas, si la obstinación es tan grande que no se entregan ¡ah! Entonces se procurará acrecentar el delito. Ya lo sabéis; (Al Ministro.) ó gloria para la comunidad ó muerte si es preciso. Marchad. (Le indica la puerta. El Ministro sale, y después el Provincial.)

ESCENA III

ELVIRA y un LEGO.

LEGO (Abriendo la puerta y dando paso á Elvira. Cerrando.) Pasad señora y esperad un momento.

ELVIRA Ya llegué hasta el sitio que nunca creí, y ante los hombres que cada día me causan más horror, Pero ¿qué hacer? Cuando la Justicia se pone de parte del malvado? ¡Mundo! ¡Mundo! Mucha moralidad en los labios, bajeza ó cobardía ante el rico ó el influyente. Aunque obrera, mis estudios y los desengaños, me hacen ver cada día más negro el vivir para el hijo del trabajo. El Juez que se rinde á la influencia; el Ministro que se doblega á la dádiva; todos son unos caballeros de aspecto decente por su indumentaria, pero más indignos que el último golfo. (Hablando consigo misma.) Pero, ¿por qué razono así? No todos los magistrados son malos, y la justicia no se me negará en un caso como éste. ¡Confía, confía pobre hija del pueblo!

ESCENA IV

ELVIRA, D. RAMÓN, por la puerta foro.

D. RAMÓN (Aparte.) ¡Ella es! Señora ¿qué deseáis?

ELVIRA ¡No sospecháis!

D. RAMÓN Desconozco...

ELVIRA Como decir. (Alto.) ¿Habéis querido mucho á vuestros padres?

D. RAMÓN Mucho. (Sorprendido.)

ELVIRA Poco se conoce.

D. RAMÓN Señora... (Ofendido.)

ELVIRA Puesto que no me conocéis, trataré de haceros saber quién soy.

D. RAMÓN (Escuchemos.)

ELVIRA En un pueblo no muy lejos á la Corte, vivían dos familias honradas: una se hallaba compuesta de un padre, una hija y un hijo; la otra tenía por base un gran inspirador de las doctrinas del Crucificado y dos huérfanos que con él vivieron, hembra y varón.

D. RAMÓN (Con humildad.) No se emocione...

ELVIRA Obreros los varones de ambas, juntos habían jugado desde niños y compenetrados los dos en ideas; habían sido los fundadores de una asociación que redimiese al obrero en la medida de sus fuerzas.

D. RAMÓN Muy bien. (Con ironía.)

ELVIRA Puesto que ni aun los dedos de la mano son iguales, tampoco lo fué el talento de ambos; uno era un gran genio industrial; el otro un hábil artista.

D. RAMÓN ¡Demonio de chica!

ELVIRA Un día, el primero inventó; el segundo le ayudó en su obra. Y cuando ambos veían colmados sus afanes, premio al trabajo, y se iban á realizar dos bodas, en que cuatro seres unidos por los lazos que la Iglesia ordena podían en lo sucesivo amarse y compenetrarse para cuidar dos viejos dignos de ello, cuando esto estaba próximo á suceder, sobre las cabezas de aquellos pobres obreros se cernía una sombra negra, ¡muy negra!

D. RAMÓN (Aparte.) Ya parecimos.

ELVIRA Aquella nube amenazaba no dejar paso al refulgente sol del genio.

D. RAMÓN ¿Y qué pasó?

ELVIRA Que el genio, que no quiere vivir de prestado, ni que nadie le explote, no se rindió, y la nube fatal descargó sus rayos destruyendo todo: honor, hogar, familia y genio.

D. RAMÓN Y que tengo yo que ver con aquella nube...

ELVIRA Vos sois el lago donde tuvo su formación.

D. RAMÓN ¡Pobre de mí! (Riendo.) ¿Qué hice yo?

ELVIRA Sois el que guía los pasos de una secta fanática; D. Federico fué la nube, usted quien la formó.

D. RAMÓN (Aparte.) Imposible fingir. (Alto.) Bien; que queréis de mí, sepamos.

ELVIRA — Quiero que seáis humano y que pongáis los medios de libertar á esos seres, que padecen sed de justicia.

D. RAMÓN — ¿Traéis poderes, ó venis dispuesta á firmar las condiciones que Federico impuso?

ELVIRA — ¿Condiciones? ¡Justicia! ¡justicia! es lo que vengo á pediros, no á humillarme.

D. RAMÓN — Soy vuestro Juez y no mitigo la pena.

EEVIRA — ¡Nuestro verdugo!

D, RAMÓN — Creí que vendríais, no á hacer sermones, débil niña, sino á llorar como Magdalena arrepentida.

ELVIRA — Con repugnancia he venido, lo confieso; pero alguien me dijo: D. Ramón no es como todos, suplícale y él te abrirá las puertas de la carcel.

D. RAMÓN — (Con sequedad.) Nada puedo hacer y estoy perdiendo el tiempo. Tengo poca influencia; ansiad la salvación en quien más pueda. El pobre hijo de Jesús, sólo trabaja para el que se doblega ante sus fines. (Sale 1.ª derecha).

ESCENA V

ELVIRA sola. (Se dirige al Crucifijo.)

Mártir del Calvario, Dios de misericordia y de piedad, Tú que padeciste por redimir al hombre, vé para que sirvió la sangre que manó de tus heridas. Quisiste desterrar los fariseos del templo, y á la sombra de tu religión no sólo absorvieron tu sangre, si que también falseando tus doctrinas, se absorven la del pueblo. (Consigo misma.) Cuántas veces me acuerdo de lo que decia Julián: «En este siglo acabarán las guerras de la religión, y el pueblo empezará las de la redención y justicia». Sólo el pueblo es noble. Hasta él llegaré, y una revolución que conmueva lo más alto, será la que me haga justicia. ¡Pueblo! Tú eres el menos pudiendo, ser él más. ¡Despierta! ¡Obtén por el derecho de la fuerza lo que no puedes hacer por el derecho de tu causa! ¡Adiós, casa maldita! Pronto he de ver tus muros destruídos y el terreno sembrado de sal, para eterno estigma. No hallé amparo en vosotros. Ahora, á pedírsele al pueblo, que ese siempre sabe morir en pro de causas santas.

TELON

CUADRO II

Decoración completa de los dos primeros actos.

ESCENA VI

MARÍA y ELVIRA

MARÍA ¡Con que eso más! Ni aun verlos.
ELVIRA Dime si no hay razón para exasperarse.
MARÍA Y ni aun así nos dejan vivir en paz. Ahí tienes á D. Federico en casa del conde de Carrión.
ELVIRA Dios los junta. (Da un reloj diez campanadas.) Las diez. Tengo que dejarte. No te impacientes si tardo.
MARÍA Te acompañaré.
ELVIRA Ten paciencia y espera.
MARÍA Pero tú sola por esas calles.
ELVIRA El pueblo entero nos defiende. No te muevas, oigas lo que oigas.
MARÍA Me das miedo.
ELVIRA No temas. (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Pon en mí tino ¡Alienta venganza! (Sale.)

ESCENA VII

MARÍA, á poco JULIÁN

MARÍA Cerremos bien la verja; ahora la doble puerta; las ventanas. (Va cerrando. En el momento de ir á cerrar las ventanas, llaman muy quedo á la puerta.) ¡Quién llama? ¿Eres tú, Elvira?
JULIÁN (Muy quedo.) Abre
MARÍA (Con alegría.) Jesús mío! Parece... ¿Quién eres?
JULIÁN Abre, yo; Julián.
MARÍA (Reconociéndole.) ¡Virgen santa del Carmelo! (Se acerca á la puerta y abre. Entra Julián.) ¿Vienes sólo? (Trayéndole hacia el público con disgusto.)
JULIÁN Sólo vengo.
MARÍA ¿Y Juan?
JULIÁN No sé.
MARÍA ¿Y tu padre y mi tío?
JULIÁN Presos. (Aparte.) Como le digo...
MARÍA ¡Al fin te soltaron!

JULIÁN A la fuerza.
MARÍA ¿Cómo saliste?
JULIÁN Escapándome...
MARÍA ¡Qué horror! ¿Mataste?
JULIÁN (Lleno de ira.) ¡Mataré!
MARÍA ¿Por qué has huido de la justicia?
JULIAN Por bueno, para hacerme muy malo.
MARÍA (Llorando) No, Julián, no.
JULIÁN En los circos romanos los cristianos, que eran arrojados á las fieras morían afirmándose en su idea. Les quedaba, como palma del martirio, la fe con que vivían; pero en mí no queda eso. Han matado los canallas mi fe al trabajo; de tu amor no puedo gozarme en dulce calma; de mi padre no podía recojer el último suspiro el día de mañana porque íbamos á ser mandados á diferentes presidios. Y quieres que no mate.
MARÍA ¿Cómo sabes?
JULIÁN Uno de los presos que está en la oficina de escribiente me dijo que la causa mía se ponía muy fea, que el fiscal había pedido las más tremendas penas y que fuertes recomendaciones hacían presión sobre mis jueces.
MARÍA ¡Infames!
JULIÁN Yo me dije: Desde aquí á otro presidio. No ver á María quizá más, ni á mi hermana tampoco, exclamé: Tiene razón Dicenta; quien va á presidio, á sí entre más puro que el mismo Redentor, sale con el estigma sobre su frente. Ya lo sabes todo; he huído para verte, para estrecharte entre mis brazos y luchar por mis hermanos. (A las palabras debe seguir la acción.) Y después para matar.
MARÍA ¿Y Julián?
JULIÁN Huyó y hacia aquí se encamina también.
MARÍA ¡San Dios! ¿Los viejos?
JULIÁN Esos no necesitan huir, morirán y así acabarán de penar. (Reparando que no está Elvira.) Pero, ¿y mi hermana?

ESCENA VIII

Dichos y ELVIRA. En el momento en que Julián interroga á María, llama Elvira.

MARÍA Ahí viene. (Abre la puerta.)
ELVIRA ¡Julián! ¿Estáis libres todos? Y yo que vengo

de sublevar al pueblo contra esos dos hombres.

JULIÁN ¿Qué hombres?

MARÍA (A Elvira) ¡Calla!

ELVIRA (Sin apercibirse.) Don Federico y el Conde.

JULIÁN ¿Están ahí? ¡Dios me protege! Hoy morirán.

ELVIRA (Con terror.) ¿Oyes, Julián? (Se oyen gritos de muera y suenan algunos tiros)

JULIÁN Son mis hermanos que por mi se baten. (Julián intenta salir. María y Elvira tratan de detenerle. El forcejea. Todos se avalanzan á la puerta, hasta que, por último, Julián abre.)

MARÍA No salgas, Julián.

ELVIRA En qué ocasión.

JULIÁN (Forcejeando. Continúan los tiros y el alboroto.) Si hay providencia.

ELVIRA (Al ver que ha abierto.) ¿Dónde vas Julián?

JULIÁN A buscar la revancha. (Sale.)

ELVIRA Yo le sigo. (Sale tras él.)

ESCENA IX

MARÍA. (Al oir los primeros tiros se dirige á un cuadro de la Virgen del Carmen, que habrá sobre un testero de la habitación.)

MARÍA ¡Virgen del Carmelo, auxilia á los buenos! No nos desampares. Faltóme mi madre en los primeros años de mi infancia, y ella me enseñó á pediros en rezo ferviente cuanto necesitase para calmar mis tribulaciones. Mis hermanos luchan; ¡protegedlos! (Queda un poco tiempo en éxtasis. El fuego se oye por intervalos. De pronto María vuelve en sí.) Mas luchan; sí, luchan y Elvira está con ellos. (Con resolución.) ¡Corramos la misma suerte! (Se dirige á la verja y abre. En el momento de trasponer la verja vuelve llena de terror á escena.) ¡Oh! ¡Qué horror! La fábrica de Julián ardiendo, y el palacio de ese canalla ardiendo también. ¡Una camilla! Meten un cuerpo en ella. Vienen hacia aquí. ¿Quién de ellos será? (hablando con los que vienen de fuera.) Herido, ¿quién?

VOCES Pronto.

MARÍA ¡Dios mío! (Dejando paso. Los hombres entran y dejan la camilla en medio de la escena. Detrás vienen Elvira y mujeres del pueblo. Todos penetran.)

ESCENA X

ELVÍRA, MARÍA y pueblo. La camilla queda en medio de la escena.

ELVIRA (Avalanzándose á la camilla.) ¡Hermano! ¡No respira!

MARÍA (Loca de terror abre el paño de la camilla, por la parte del público, quedando colocada en forma que aquél vea perfectamente el cuerpo de Julián. ¡Julián! (Llorando.) ¡Julián mío!

JULIÁN (Incorpora la cabeza sostenida, de un lado, por los brazos de María, y del otro lado, Elvira. La gente del pueblo presencia la escena con viva ansiedad y se mantiene en expectación á uno y otro lado de la camilla. Reparando en María.) Adiós María. Todo redentor expira en un calvario.

MARÍA ¡Tú morir!

ELVIRA ¡Imposible!

JULIÁN ¡Ellos han sido! Todo progreso morirá en sus manos. ¡No dejéis uno!

PUEBLO ¡Venganza!

ELVIRA (Cogiéndole la mano con terror.) ¡Julián!

MARÍA ¡Qué palidez, Virgen santa:

JULIÁN (Con voz muy apagada.) Mientras exista uno, uno sólo, cada paso de progreso retrocederá tres. Todo lo arruinan. Hay que barrerlos de la faz tierra. ¡No puedo más! ¡Libertad, progreso, ciencia, por vosotros muero! ¡Pueblo, venganza.

MARÍA ¡Muerto! (Con terror.)

ELVIRA ¡Venganza!

ESCENA XI

JUAN y PUEBLO

PUEBLO Ya hay aquí uno. (Traen al conde de Carrión.)

JUAN Y aquí está el causante. (Juan trae á viva fuerza á don Federico. Este tiembla y se muestra acobardado. Juan le lleva junto al cadáver de Julián.) Con la muerte de ese hombre habéis retrasado veinte años la redención del obrero ¡Sangre por sangre! Mas tú no debes morir, ni éste tampoco (Dirigiéndose al conde de Carrión.) como murió este noble hijo del pueblo.

D. FEDER. ¡Piedad!

MARÍA ¿La tuvísteis de nosotros? (Aproximándose á la puerta de la verja.)

JUAN ¿Véis aquella fábrica ardiendo? Allí se quema un mundo de ideas. Nerón dirigía su carro à través de los blandones humanos; qué mejor blandón que vosotros alumbrando la destrucción del genio. ¡Julián, estás vengado (Al pueblo) ¡Con ellos á la hoguera! (Salen resistiéndose.)

MARÍA ¡Huye, Julián, huye!

JUAN ¡Pobres hijas del pueblo!

ELVIRA ¿No huyes?

JUAN ¡Huir! Ahora, que me sentencie de una vez la justicia humana.

MARÍA ¿Qué va á ser de nosotras?

JUAN Polén que lleva el viento habéis de ser en el camino de la redención humana. Sed las mujeres fuentes del evangelio. Predicad la buena nueva. La familia obrera llegó á la cumbre del Gólgota. Mas ya se vislumbra desde esa cumbre el camino de su redención.

TELON

CRITICA TEATRAL

El Imparcial:

EN EL TEATRO DE NOVEDADES.—El estreno de anoche.—Obra revolucionaria.—Contra los jesuitas.—Manifestaciones en el público.—Una detención.—Silbidos laá policía.

Con el llamativo título «Los vampiros del pueblo» se estrenó anoche en el teatro de Novedades un drama en tres actos y en prosa, original—según reza el cartel—de don Niceto Oneca.

La obra despertó gran interés desde las primeras escenas, y aunque el diálogo adolece de no pocos defectos, por el tinte revolucionario que le anima mereció la aprobación del público.

Estriba el argumento de «Los vampiros del pueblo» en una lucha entre el jesuitismo y la masa obrera. Un hijo del trabajo descubre un invento que ha de producir la felicidad de su familia y de los de su clase. D. Federico, tipo acabado de Pantoja o «un jesuita de gabán corto», como le llama el autor, trata de impedirlo, porque Julián, el inventor, no quiere doblegarse á la Compañía de Jesús, sino que, por el contrario, predica la libertad de pensamiento y el egoismo de los hijos de San Ignacio. D. Federico, constante en su campaña, apela á un viejo cura de aldea, tío de la novia de Julián, para que favorezca sus propósitos. Entre el Pantoja y el sacerdote se entabla un diálogo muy vivo qne el público corea con frases mal sonantes para el primero y aplausos para el segundo.

—Nuestro Dios—exclama el sacerdote—es de bondad, pero usted y los jesuitas sólo le invocan para explotar su nombre. (Muchos espectadores: Bien, bien.) Yo no puedo ponerme en contra de la razón y de la justicia.

—Vea lo que resuelve—dice D. Federico,—porque haremos que se le retiren las licencias. Ya sabe que contamos con un ministro, hechura nuestra, y la influencia, por tanto, está de nuestra parte. (Varias voces: ¡Fuera, fuera! ¡Que se vaya!, y otras por el estilo.)

Después el sacerdote lee una carta (que según el autor es del propio San Ignacio de Loyola), en la que se dicen una porción de enormidades de la Compañía de Jesús. La lectura de esta carta es recibida con ruidosos aplausos por la mayoría de los espectadores. (Una voz: Así se escribe. ¡Abajo los jesuítas!)

El final del segundo acto es verdaderamente revolucionario. La autoridad udicial, basada en el descubrimiento de varias bombas de dinamita en el domicilio de Julián, detiene á éste, á su padre, al viejo sacerdote y á varias personas más. Los detenidos protestan y Julián exclama: No se hace justicia, pues apelaremos á la fuerza. Esta lo puede todo. (El público: ¡Así así! ¡A la fuerza, á la revolución!)

En el tercer acto la acción se desarrolla en la residencia de los jesuítas. D. Federico da cuenta al superior de los medios empleados para detener á Julián y los suyos. El superior de los jesuítas aprueba lo que se ha hecho, y promete que se apretarán los tornillos para que la justicia sea dura é inflexible. A los pocos momentos se va D. Federico y se presenta en la residencia el ministro, que es alto y usa barba blanca. Se resiste á las imposiciones del superior, pero al fin cede ante las expresivas amenazas que se le hacen. Los detenidos serán severamente condenados.

De nada sirven las súplicas de Elvira, la joven hermana de Julián. El superior se niega á toda benevolencia. Elvira, desesperada, exclama:

—Está visto, ese ministro y estos jesuítas son más indignos que el último golfo. (Estrepitosos aplausos en el público.)

Julián logra escaparse de la carcel. El pueblo le aclama, y en manifestación revolucionaria llegan á la casa de don Federico. Este se encuentra en el despacho con un conde, correligionario suyo. Las turbas incendian la casa. Desde dentro contestan á tiros. Cae herido Julián, y los amotinados se apoderan de D. Federico y su amigo, arrojándolos á la hoguera, pronunciando frases violentas contra los jesuítas.

El autor fué llamado muchas veces al palco escénico entre aplausos y bravos.

Durante la representación, los agentes de la secreta detuvieron á un espectador que se encontraba en las butacas. Al ir á hacer lo mismo con otro que gritaba en el anfiteatro, protestó parte del público con silbidos y voces de ¡fuera! ¡fuera! La policía, con muy buen acuerdo, desistió de su empeño, y los protestantes cesaron en sus manifestaciones.

*
* *

La señora Santoncha, el Sr. Hompanera y muy especialmente la señora Martío Gómez, estuvieron muy afortunados en el desempeño de sus papeles, y fueron muy aplaudidos.

Heraldo-17-1.º-1904.

Drama revolucionario

EN NOVEDADES

Estreno del drama Los vampiros del pueblo.—El delirio de aplausos.—Espectador detenido.—Prohibición de la obra.

La velada de anoche en el popular teatro de la plaza de la Cebada, refugio del género melodramático, que va evolucionando hacia el socialismo con tonos anticlericales, fué de las que forman época.

En la obra estrenada, original de D. Niceto Oneca, se llega, en materias de antijesuitismo y de procedimientos rabiosos contra toda persona que representa reacción y tiranía, á la última palabra.

No hay que decir, pues, lo que gozaría anoche aquel público entusiasta, enemigo por tradición de tales ideas, viendo á un cura bonachón diciéndole cuatro frescas á un jesuíta de *gabán corto* que recurre á él para que desbarate la boda inminente de una sobrina suya con un honradísimo hijo del trabajo, autor de un invento notable que ha de mejorar á los de su clase.

¡Lo que enardecería los ánimos una carta que lee el humilde sacerdote del propio San Ignacio de Loyola, poniendo de vuelta y media á la Compañía de Jesús!

«¡Fuera!» «¡Abajo los jesuítas!» «¡Así se escribe!» «¡Miserables!» Eran las voces que arrancaban aquellas situaciones á la masa popular, que se sentía en sus glorias teniendo una ocasión más de demostrar sus impulsos y de agriar el humor á los agentes de la autoridad, que escuchaban la obra con los pelos de punta.

¡Pues no digamos del final del acto segundo!... Los Tribunales de Justicia, con el pretexto de que se han encontrado unas bombas de dinamita en el domicilio del protagonista, detiene á todos sus parientes, amigos y protectores. La barrabasada enfurece á las víctimas, y por contagio á los espectadores, que gritaban «¡Viva la revolución!».

Por estos derroteros sigue la obra, ofreciendo en el acto tercero en el tipo de un ministro alto, estirado, con barba blanca y afecto al juego de los jesuítas; y en el último, que

es sensacional, la revolución en la calle, incendiando la casa del traidor, que la defiende á tiros con un señor conde, amigo suyo, que se ha encerrado con él en una habitación, hasta que el pueblo los arroja á la hoguera.

Esto produjo el delirio de aplausos y exclamaciones, revolucionarias como el final, teniendo que subir y bajar el telón infinidad de veces para presentarse el autor y los artistas, que nunca vieron entusiasmo mayor ni ovación más franca.

Los agentes de la autoridad no sabían qué hacer. Detuvieron á un espectador de las butacas y quisieron cazar á otro de las galerías; pero los pusieron de vampiros y de jesuitas que no había por donde cogerlos.

Y en efecto, tuvieron que desistir prudentemente, murmurando:

¡Cáscaras! ¡Qué publiquito!

Los artistas, bien en sus papeles y muy aplaudidos.

***

El drama, á pesar del grandioso éxito que obtuvo, no podrá alcanzar hoy la segunda representación, por haberla prohibido el gobernador civil como obra que excita á la revolución y que, por lo tanto, cae dentro del Código penal

El libro, por esta razón, pasó desde el Gobierno civil al Juzgado de guardia, á los efectos consiguientes.

La Correspondencia, 19-10-1904.

Novedades.

El numeroso público que llenaba anoche las localidades del popular teatro de la calle de Toledo, no se cansaba de aplaudir al autor de *Los vampiros del pueblo.*

Cada frase contra los jesuitas, cada palabra de rudísima censura para las clases directoras de la sociedad, producía nutrida salva de aplausos y comentarios entusiásticos.

Infinidad de veces tuvo que presentarse en escena el autor de la obra, D Niceto Oneca, y al final de la representación tuvo que dirigir la palabra al público, cediendo á sus reiteradas instancias

Con acento emocionado dió las gracias por las ovaciones que se le tributaban, agradeciendo tales pruebas de afecto á «la gran familia democrática.»

La obra, como su título indica, es una censura contra la Compañía de Jesús, presentándola como explotadora del obrero, y en lucha abierta con todo lo que signifique progreso.

Presenta el autor el honrado obrero, sujeto á la férula jesuítica, y los trabajadores que luchan se ven precisados á llegar á los procedimientos violentos para sacudir el yugo que los oprime.

Una de las escenas qne mayor efecto produjo en el público fué la que se desarrolla entre un jefe de los jesuitas y un encopetado ministro, con barba blanca y actitudes de artista.

Manda el jesuita con despótico acento y obedece el ministro con la humildad del más inferior de los servidores.

Hay en el drama frases revolucionarias y conceptos más revolucionarios todavía, y unas y otras produjeron el *descuaje* del entusiasmo.

A la salida, un grupo compuesto de unas 50 personas, siguio al Sr. Oneca hasta la Puerta del Sol, dando vivas á la libertad y mueras á los jesuitas.

La obra dará, seguramente, buenas entradas.

En la interpretación se distinguió únicamente la señorita Martín Cómez.—*F.*

El Globo:

NOVEDADES.—«Los vampiros del pueblo», drama en tres actos y en prosa, original de don Niceto Oneca.

El título de la obra debió ponerle carne de gallina al señor conde de San Luis, que envió á este teatro un buen golpe de guardias, temiendo, sin duda, que el pueblo, fielmente representado por las gentes de los barrios bajos, se se rebelara contra los vampiros.

Pero el público, que sabe cómo las gasta el Gobierno en estos tiempos de Nozaleda y tentetieso, se limitó á inocentes desahogos, traducidos en aplausos al autor, mueras al jesuitismo y vivas á la... libertad.

Cierto es que la obra se prestaba á mayores crudezas, porque el Sr. Oneca no sé ha ido por las ramas al describirnos el funcionamiento de la Compañía de Jesús.

Las tribulaciones de un obrero inventor, que no quiere someterse á los jesuítas explotadores, sirven de asunto al drama, en el que figuran ministros encumbrados por los vampiros, jueces sumisos á las órdenes de la «Residencia», mujeres engañadas, agentes de levita y *luises* afeminados.

El Sr. Oneca ha tenido la feliz idea de poner frente á la solapada labor jesuítica, la obra noble y humanitaria del verdadero catolicismo, representado por un cura de aldea.

Los vampiros del pueblo no es una maravilla literaria,

pero cumple sus fines: los de una propaganda eficaz contra el clericalismo.

Puede estar el Sr. Oneca muy satisfecho del éxito que ha obtenido su obra. El pùblico aplaudió á rabiar, llamó al autor á escena innumerables veces, y llegó hasta pedir, en el colmo del entusiasmo, el tango del Cangrejo.

La interpretación fué bastante aceptable, distinguiéndose la señora Santoncha y los Sres. Hompanera y Campos, y muy especialmente la señora Martín Gómez, que es artista discreta y simpática.

D.

COMENTARIOS

PROHIBICIÓN DEL DRAMA Y PRISIÓN DEL AUTOR

El Liberal.

Crónica.—Compañeros...

Me dirijo á todos los dramaturcos y músicos de España, recientemente unidos para constituir, sin exclusivismo ni diferencias de ninguna índole, la Sociedad de autores y compositores españoles.

A ellos me dirijo públicamente, pidiéndoles que protesten, también públicamente, en forma oficial y severa, del acto inícuo realizado por el Gobierno y sus servidores en la persona de D. Niceto Oneca, autor del drama que, con el título *Los vampiros del pueblo*, fué estrenado hace unos quince días en el teatro de Novedades.

Humilde es el teatro donde la obra se representó. A él no acuden ricos, ya que no inteligentes abonos; en sus puertas no aguardan coches propios y galoneados aurigas el salir de los espectadores; en el escenario no trabajan eminencias cómicas, ni se exhiben decorados fastuosos; tampoco los autores y las obras que funcionan allí gozan mayores reputaciones literarias y ostentan extraordinarios méritos artísticos. El público de ese teatro anda más cerca de la blusa que del *smoking*, y los cómicos más por la raya de la discreción que por la del genio; las decoraciones emparientan con la pobreza, los autores con la mediocridad, el espectáculo con el melodrama.

Pero aun así y todo—más aún por ser así—la Sociedad de Autores está en la obligación de rechazar con briosa energía el atentado cometido en el teatro de Novedades por el Gobierno, al suprimir la representación de *Los vampiros* y procesar al Sr. Oneca y dictar auto de prisión en contar suya y encerrarle, no dentro de una celda política, sino dentro de una celda común.

Humilde, humildísima persona es por su posición social y por su posición literaria el Sr Oneca; humildes serán los valores de su obra; pero el Sr. Oneca es autor español,

y su obra es una obra española. Uno y otra deben ser amparados y defendidos por la Sociedad de Autores Españoles.

Sí; humilde, muy humilde, son el Sr. Oneca y el teatro donde el drama se representó. Tal vez por eso, por tratarse de humildes, se ha atrevido el Gobierno con ellos Sin duda establece para estas cuestiones el mismo noble y justo criterio que estableció para otras; y de igual modo que, cuando el asesinato del *Hosp cia*, dijo, por boca de uno de sus miembros, «¡Bah!... Era un golfo», hoy ha dicho también: «¡Bah!... Es un autor de Novedades.»

Esto puede decirlo y pensarlo un Gobierno como el actual, sin que nadie se asuste. Puede hacer más, mucho más todavía; ya lo ha hecho. Puede suprimir una obra de la que tuvo ejemplares en su poder veinticuatro horas antes de ser representada; puede procesar al autor de una comedia, á causa de la misma comedia, antes leída y aprobada por la crítica gubernativa; y puede meter al Sr. Oneca, que, siendo procesado por sedición, tiene derecho á ocupar en la cárcel celda de político, dentro de una celda común como si fuese *el Pimpla* ó cualquier otro apreciable limpiabolsillos.

Todo eso ha hecho y puede seguir haciendo el Gobierno, pensando que el teatro de Novedades es un teatro humilde, y que, á su juicio, el triste juicio del Gobierno, es fácil realizar con *el pobre* Oneca lo que sería monstruoso realizar con Echegaray ó con Galdós.

Pero la Sociedad de Autores probará á ese Gobierno—es indudable que se lo probará—que la humildad de Oneca no es freno, sino acicate de sus protectoras decisiones. Lo probará, protestando pública, solemne severamente del atentado gubernamental, y haciendo que el Sr. Oneca, mientras se le pone en libertad bajo fianza, ocupe una celda de pago y no se pudra en las miserias de una celda común.

Eso hará la Sociedad de Autoros; tal es su deber, y no precisa recordárselo,

Lo que no debe hacer de ninguna manera es reclamar para el autor de *Los vampiros* una celda política.

No; las celdas de políticos deben quedar vacías todas, absolutamente todas

Acaso nuestros gobernantes, haciéndose justicia así propios, cuidan anticipadamente de que haya habitaciones disponibles para cuando se juzguen los delitos de lesa patria.

JOAQUÍN DICENTA.

España:

Carta abierta.

Para Joaquín Dicenta.

No trato de establecer pugilato de generosidades para la defensa de nuestro compañero Oneca, procesado y preso por su drama *Los vampiros*, cuya causa defiendes, con tu acostumbrada elocuencia, en *El Liberal*; pero debo observar que desde el primer número de *España* me dirigí en el mismo sentido á la Junta de nuestra Sociedad de Autores, sin conseguir respuesta, ni siquiera en cortesía.

Ayer un diputado á Cortes se ha hecho eco, según leo, de tus quejas y de tus protestas. En buenas manos, pues, siendo las tuyas las que la agiten y defiendan, está la causa de Niceto Oneca, nuestro maltratado compañero; pero de todas suertes, ¿no te parece oportuno un toque de atención para esa Junta directiva de la Sociedad de Autores, que permanece cruzada de brazos ante esos desafueros de los poderes públicos, creyendo que su única misión es la de preocuparse en cobros y pagos de archivos y representaciones?

Hace seis meses fueron procesados Guillermo Perrín y Miguel Palacios, sin que la Sociedad ó su Junta creyera de su más elemental deber tomar cartas en el asunto.

Hace un mes fueron perjudicados en sus intereses y maltratados en su derecho todos los autores de las obras en curso de representación en la Zarzuela, sin que la Junta pensara que había llegado el momento de tomar enérgicas actitudes, y ahora, ante el caso Oneca, observa la misma censurable pasividad... ¿Vamos á seguir así perpetuamente?

¿Niceto Oneca no merece todo nuestro apoyo porque su nombre no figura al lado de los autores que en Apolo ó en la Zarzuela recaudan más de las famosas dos mil pesetas mensuales necesarias para computar los votos en la elección de cargos para la directiva?

Oneca no es un literato de aluvión, ni un desconocido; es un autor dramático, aprobado ya en muchas obras; es, además, un historiador y un bibliófilo eminente, cuyos informes han deshecho recientemente risibles errores de la cancillería oficial; es el organizador del famoso y riquísimo archivo de manuscritos de la casa de Osuna; es un intelectual con jerarquía propia, y, sobre todas las cosas, es un trabajador, compañero nuestro, que, por serlo, merece todas nuestras simpatías, toda nuestra ayuda, todos nuestros esfuerzos.

LUIS PARÍS

El Liberal:

«Los vampiros del pueblo».

¿Castigar? Siempre *pa* alante.
¿Gobernar? Siempre *pa* atrás.

Según el cartel de espectáculos, *Los vampiros del pueblo* es el título de un drama estrenado anteanoche en el popular teatro de Novedades. Y, según el drama, los vampiros del pueblo son los indivíduos de la Compañía de Jesús, á los cuales presenta el autor de la obra como explotadores del obrero y como obstáculo viviente á todo lo que indique adelanto y progreso.

El tan acreditado *siempre «pa» atrás* pudiera ser el lema de la tan acreditada Compañía, vamos al decir de D. Niceto Oneca, autor del drama.

Con tales antecedentes era natural que el público de Novedades aplaudiera la obra con frenético entusiasmo, y con tales entusiasmos era natural también que el Gobierno retirase la obra de los carteles, ni más ni menos que si fuese un *cangrejo* cualquiera.

Y, en efecto, anoche la empresa y el público se vieron *agradablemente* sorprendidos con una orden gubernativa, en virtud de la cual se suspendían las representaciones del extraordinariamente aplaudido drama *Los vampiros del pueblo*.

¡Naturalmente, Sr. Oneca, naturalmente! Ya lo dice Curro Cambrales en *El mozo crùo:*—Lo de hurgarle las narices á Sánchez Toca, pase. Lo de tirar chinitas á la mitra de Nozaleda... mal pase tiene; pero, según se van poniendo las cosas, puede pasar. Pero eso de meterse con la Compañía de Jesús, siendo Maura el capitán de la Compañía, es una *vampirotada* que no tiene nombre.

O témpora!

¿Castigar? Siempre *pa* alante.
¿Gobernar? Siempre *pa* atrás.

C.

REVISTAS CÓMICAS

Cosas del día

Al Juzgado, según dicen,
ha remitido el Gobierno
el ejemplar manuscrito
de *Los vampiros del pueblo*.
Tal vez más justo sería

que mandara al mismo tiempo
que esos *Vampiros* teatrales,
los «vampiros» verdaderos,
porque mejor que la copia,
aunque ésta tenga defectos,
deben los «originales»
sufrir el justo proceso.
Porque si el Gobierno cree
que al Juzgado, en tal concepto,
deben ir sólo «ejemplares»,
despierta un mal pensamiento,
y para que los castiguen
será posible que «el pueblo»
eche mano á «sus vampiros»
y haga «un ejemplar» con ellos.

La Correspondencia de España:

Severidad excesiva.—El autor preso.

Las justas quejas de la Prensa por la prisión que sufre el autor de *Los vampiros del pueblo*, lleva trazas de resultar tan estéril como todas las emprendidas desde que nos rige el hombre de la revolución desde las alturas.

Descartando la oportunidad y razón del proceso que contra el Sr. Oneca se instruye, parécenos fuera de toda duda que si de un delito político se trata, como delincuente político debe ser tratado el culpable, y no recluirle en celda ordinaria al igual de cualquier espadista ó descuidero.

Por otra parte, guardando todos los respetos debidos á la Justicia, creemos no se trata de un crimen de tanta gravedad que justifique la adopción de extremas y radicales medidas, perturbando la marcha ordinaria de una familia y sumiéndola en la desesperación y la miseria.

Bastante castigado habría quedado el supuesto delito cometido por el Sr. Oneca con haber impedido la representación de su obra, sin necesidad de usar con él de todos los rigores de las leyes.

Nuestros soberbios gobernantes no se paran en nada, y lo mismo suprimen el tango del cangrejo, porque ridiculiza á los politicos, que ordenan la prisión del autor de *Los vampiros del pueblo*, porque fustiga á los jesuitas.

El Sr. Oneca, modesto, sin más bienes de fortuna que su honrado trabajo, se ve preso y sumido en la desesperación, por haber puesto en boca de un párroco de aldea frases de anatema contra los que, llevando á Dios en los labios, procuran apoderarse de los bienes terrenos en propio beneficio,

sin pensar que invocando las puras máximas del Cristianismo, podia incurrir en las iras de los fariseos.

Los Cómicos:

El Sr. Oneca, que conoce al público de Novedades como si lo hubiera criado á sus pechos, ha escrito para este teatro un drama con todas las de la ley, revolucionario de verdad, anticlerical y socialista.

Los vampiros del pueblo, que así se titula el melodrama del Sr. Oneca, tienen derecho á representarse en Novedades toda esta temporada y la que viene, y la otra...

¡Abajo Nozaleda! ¡Vivá el Sr. Oneca!

Nacional-20-1.º-904:

Jugar con fuego.

El Gobierno ha prohibido la representación del drama *Los vampiros del pueblo,* estrenado anteanoche en Novedades con éxito ruidoso, y ha remitido un ejemplar de esta obra al fiscal de S. M. para que deduzca la responsabilidad criminal correspondiente al autor.

¡Ya escampa! Nos quejábamos de que se prohibieran los *couplets* del cangrejo, y el Gobierno responde á las quejas y censuras generales con otra prohibición de mayor alcance é importancia. ¡Mejor están en Bombay!

En Bombay y en cualquier parte estarán mejor que nosotros en cuanto al goce de las libertades públicas, porque ningún tiranuelo asiático ni africano ha de llevar sus despóticas restricciones al punto que las lleva el Sr. Maura. ¡Soberbio dictador nos ha salido el loro balear!

Y lo más extraño es que sus rigorismos dictatoriales sólo alcanzan á las censuras ó ataques contra las órdenes monásticas ó contra los políticos afectos al Gobierno actual. Las instituciónes más altas y fundamentales de la nación, pueden atacarse y censurarse impunemente, porque en su defensa son menos celosos y severos nuestros magnánimos gobernantes. Para ellos lo inviolable é intangible son sus olímpicas personas y las Comunidades religiosas; lo demás les importa ó parece importarles muy poco.

Así lo han demostrado sus recientes disposiciones represivas que han caído inexorablemente sobre los que han tocado á los políticos ó á los frailes, respetando, en cambio, á los que atacaron al régimen y á sus augustos representantes.

Todos los periódicos han observado y consignado el hecho: el Gobierno actual ha descargado todos sus furiosos

rigores sobre los cómicos que cantaron *couplets* inofensivos contra Nozaleda y sus patrocinadores, en tanto que ha concedido una inmunidad tan completa como sospechosa á los republicanos, que han pronunciado en sus *meetigs* y reuniones arengas sediciosas y revolucionarias.

Pero ¿qué Gobierno es éste? ¿Es jesuítico ó monárquico? Más parece lo primero que lo último, á juzgar por sus procedimientos, que no tienen más explicación que el público decir, según el cual, el Sr. Maura es jefe ó representante laico de los jesuítas.

Porque todos creen esto, nadie se extraña de lo que ocurre, con ser todo tan extraño. La fama de los jesuítas, que alcanza más que á los profesos á los laicos, á los que se llaman vulgarmente jesuítas de sotana corta, entre los cuales incluye la pública opinión al Sr. Maura, lo explica todo. Mas la explicación apuntada no es una justificación, ni muchísimo menos.

Un Gobierno no puede cometer por ningún motivo ni con ningún pretexto los arbitrarios abusos del actual, oprimiendo con sus tiranías feudales al pueblo, conculcando el derecho establecido, y comprometiendo el orden público, á la vez que la respetabilidad y el prestigio de la más alta representación nacional.

No se puede poner en peligro la tranquilidad del país como lo está poniendo el Sr. Maura con su autoritarismo autocrático por servir ó complacer á una Compañía ó una Comunidad, cualquiera que ésta sea. Los excesos de opresión determinan violentas explosiones, y en tales excesos están incurriendo nuestros actuales gobernantes con temeraria imprudencia. No parece sino que se han propuesto provocar las iras populares con sus autoritarios abusos. ¿Quién sabe? Acaso sea ésta la manera de hacer la revolución desde arriba, que ofreció el Sr. Maura. Si así es, hay que reconocer y confesar que hace cuanto puede para cumplir su ofrecimiento. Pero al proceder así el Sr. Maura, está jugando con el fuego, y éste es un juego muy peligroso.

Allá va, una vez más, la advertencia del peligro; recójanla quienes deban recogerla para prevenirlo y evitar aquél en bien de todos.

Heraldo 19-1.º-904.

Prohibiciones teatrales.

Después de las coplas políticas, ha caido un drama, el del Sr. Oneca, bajo las garras de la prohibición gubernativa. Lenta pero seguramente, se va cercenando la liber-

tad, y por algo se arrogó el gobernador en una comunicación que han tolerado las representaciones de los que escriben obras teatrales, una especie de previa censura que no consta en la ley.

¿Es una obra contraria á ella? Pues el ministerio fiscal la denunciará; pero, por sí ó por no, las autoridades penetran en los escenarios, disciernen lo que es lícito y lo que no lo es y autorizan ó prohiben las funciones.

Sería preferible prescindir de tapujos hipócritas. Háganse las cosas con franqueza. Que se instituya la censura, pues, al menos, habría entonces derecho para protestar contra la ley absurda, y, si viene al caso, que se torne á las presidencias de los viejos teatros, y que los alcaldes ó corregidores de corte vigilen las representaciones teatrales, como en años pasados, cuando había absolutistas y moderados que, teniendo la desgracia de serlo, tenían por compensación la virtud de confesarlo.

El País-19-1.º-904.

Obra prohibida.—«Los vampiros del pueblo.»

El notable drama de D. Niceto Oneca, *Los vampiros del pueblo*, estrenado antea noche en Novedades ha sido prohibido por la autoridad.

El vampiro, ha sido llevado al Juzgado de guardia, y el público, que se entusiasmó con sus valentías, no ha podido aplaudirlas por segunda vez.

En *Los vampiros*: alguien creyó ver al Sr. Maura; nosotros no nos explicamos la causa de la prohibición.

Hay que suponer que este gobierno es enemigo de que se saquen animales á escena.

Primero «el cangrejo», ahora los vampiros; veremos á que bicho le toca mañama.

El Imparcial 19-1.º-904.

En Novedades.—«Los vampiros del puelo.»—Obra prohibida por la autoridad.

El gobernador civil manifestó ayer á los periodistas que en virtud de las facultades que le confieren los arts. 32 y 33 del reglamento de teatros, ha suspendido en Novedades la obra titulada *Los vampiros del pueblo.*

También ha remitido al Juzgado el libreto de la obra por entender que en ella se comete el delito de excitación á la rebelión.

El autor de *Los vampiros del pueblo* nos ha dirigido una protesta contra los fundamentos en que se apoya la suspensión gubernativa, pues no ha sido sn intención la de incitar al desorden á ninguna clase social.

Sin que tratemos de defender los primores literarios de *Los vampiros del pueblo,* sí haremos constar que hace muchos, muchos años que la autoridad no adocta semejante género de medidas contra las empresas teatrales.

Este camino puede llevar demasiado lejos, y no acredita á la situación de un exceso de liberalismo en sus procedimientos.

El Imparcial.

El autor de «Los vampiros.»

El sábado ingresó en la cárcel Modelo, después de dictado su prócesamiento por el juez que entiende en la causa que se le sigue, el autor del drama *Los vampiros del pueblo,* D. Niceto Oneca.

Recordarán nuestros lectores que este drama se estrenó en el teatro de Novedades y que la autoridad gubernativa suspendió las representaciones, remitiendo la obra á los tribunales; todo lo cual resulta verdaderamente extraño é inexplicable como con razón hace notar un colega, puesto que la víspera del estreno la empresa de Novedades había remitido ejemplares de la obra al Gobierno civil, que sin duda autorizó la representación, puesto que fué fijado el cartel al público.

El Sr. Oneca continúa en la cárcel, sin que se le haya consentido ocupar celda en el departamento destinado á los políticos, rigor excsivo y que no sabemos hasta qué punto puede ajustarse á las prescripciones de la ley.

De todas maneras, el castigo, cuando se extrema en casos como el que nos ocupa, más que de escarmiento, suele servir de estímulo para los que tienen vocación de mártires, que no son pocos.

El País.

Un autor en la cárcel.

¡Por fin!... Protestamos en vano hace tiempo, cuando el gobernador suspendió las representaciones de *Los vampsros del pueblo,* y paso ei ejemplar, previamente consentído, autorizado en el Gobierno civil, al Juzgado de gnardia. Protestamos entonces del atentado contra la más sagrada de las libertades, la de pensamiento, y reclamamos de la

Sociedad de Autores el cumplimiento del primero de sus deberes. Nada hizo la Sociedad. No nos extrañó. ¡Hay en ella tan pocos socios que se permitan el lujo de pensar! La libertad de pensamiento es, para un currinche, la más inútil de las libertades.

Pero en esa Sociedad están, ya de grado ó forzosamente, al lado de los rufianes de Talía, de los explotadores del Parnaso, unos cuantos artistas. Fácil es nombrarlos, Se pueden contar por los dedos. Ricardo de la Vega (el primero, porque su teatro perdudará cuando no queden de las obras grandes coetáneas más de media docena). Echegaray, Galdós, Dicenta, Sellés, Cano (D. Leopoldo), Benavente y los Quinteros.

Uno de ellos, el de más corazón, el más propicio á saltar impulsado por la indignación á vibrar en defensa de la justicia, ya hemos nombrado á Joaquín Dicenta, ha esgrimido su pluma en defensa del señor de Oneca. Ya era hora.

Ese señor está preso por haber escrito un drama contra los jesuitas, y excitando al pueblo á la rebelión. Es decir, se ha condenado en él lo que ha sido y es lícito á todos los autores No ha hecho más el Sr. Oneca que hicieran Ferrer del Río en *Carlos II el Hechizado;* Botella, un senador conservador resientemente fallecido, en *La expulsión de los jesuitas*; Galdós en *Electra*, y hasta el clerical Tamayo en *Virginia.*

No importa el mérito ó demérito de *Los vampiros del pubio*, porque no se le ha condenado á su autor previamente á la cárcel, por artista inspirado ó pedestre, sino por exponer determinadas ideas.

Y hay que salir á su defensa, hay que ponerle en libertad y, si hubiera justicia, habría que destituir al juez, autor del auto de prisión.

Desde que se persiguió á Quintana por su *Pelayo* no se había cometido en España la monstruosidad de encarcelar á un autor dramático. ¿Se consiente ese vergonzoso atropello? Pues se entrega la inspiración artística al juez de guardia. Y se retrocede ó más bien se desciende más bajo que estuvimos en tiempos de la Inquisición, pues entonces Calderón podía representar su *Alcalde de Zalamea* más impunemente que Rusiñol su *Héroe* y se autorizaban los sainetes y entremeses de que ayer habla Mariano de Cávia, mucho más atrevido, que *Los vampiros* del señor Oneca.

Es indigna, es vergonzosa, esa prisión decretada para satisfacer á los frailes, y con la pérfida intención de producir algún daño á quien, de seguro, han de absolver los tribunates cuando vean en juicio público la monstruosa causa. Su iligalidad salta á la vista Se condena al autor del hecho, en cuanto se le encarcela porque excita á la re-

belión. ¿Dónde si las representaciones se han suspendido? En el manuscrito del drama. Pues bien, si estuvise impreso y publicado, su autor estaría en libertad y no sujeto á proceso, porque una de las libertades verdaderamente conquistadas es la del libro. De modo que se da el absurdo que es vitando lo que leen ó pueden leer millares de personas. Y dejando aparte la consideración de que ese delito así cometido, en la sola vez que, sin ocasionar tumultos, se representó el drama, no hace indispensable la prisión preventiva, presentemos esta otra que es formidable en cuanto acusa la enormidad cometida. El colosal, subversivo, antimonárquico drama de Bjoersón *El Rey*, corre de mano en mano, lícitamente, traducido y publicado por la Casa Sempere, de Valencia, que lo vende á una peseta. (No dejen de comprarlo los amantes de lo bello y de lo revolucionario). Y en cambio—un cambio de torero de inbierno—el autor del drama, solo representado una vez *Los vampiros del pueblo*, el Sr Oneca, sufre prisión preventiva. Esto acusa que ni hay justicia, ni sentido común ni en el poder ejecutivo ni su apéndice el llamado judicial.

Y no habrá vergüenza en los autores, en la prensa y en las Cortes, mientras no pongan *ambos á tres*, como habrá quien diga en la Sociedad de *Calderones* en la calle á Oneca, á la vergüenza al juez del auto, y en el corral al Gobierno Maura-Sánchez-Toca.

Diario Univesal-19-1.º-904:

Ya no hay vampiros

Fruta prohibida

Teniendo sin duda en cuenta el gobernador que

el agua menuda
es la que hace barro,

ha prohibido las representaciones de *Los vampiros del pueblo.*

El libro, el pobre libro, ha *ingresado* en el Juzgado de guardia.

No sabemos el tiempo que estará detenido é incomunicado; pero mucho tememos que no salga á la calle por ahora...

¡La que se armaría si dejasen en libertad á ese delincuente!

Gobernar es prever—le dijo Pero-Grullo—luego de largas horas de meditación.

Quien quita la ocasión, quita el peligro;—sentencia ó refrán de la misma procedencia.

Dime con quién andas y te diré á qué hueles...

¿Cómo ha de permitirse que ande suelta por el escenario de «Novedades» esa proclama sediciosa?

Antes que resolver el programa de la mendicidad, antes que poner mano en la higiene pública, conviene asegurar la tranquilidad del vecindario.

¿Quién dormiría en la villa y corte sabiendo que en «Novedades» se representaban *Los vampiros del pueblo?*

No encontramos palabras para expresar nuestro reconocimiento á las autoridades

Pero sabed todos, madrileños, que *Los vampiros del pueblo* están ya en todas las esferas sociales.

Y que no saldrán de ellas tan pronto.

El Globo-19-1.º-904:

«Los vampiros del pueblo»

El gobernador civil, señor conde de San Luis, remitió ayer al Juzgado el libro del drama *Los vampiros del pueblo*, estrenado anteanoche con éxito ruidoso, muy ruidoso, en el teatro de Novedades.

Anoche, por disposión de la autoridad, no se verificó la segunda representación.

El señor conde San Luis, sentando cátedra de rancias teorías, califica de revolucionaria, la obra del Sr. Oneca, y cree que todavía vivimos á mediados del siglo XIX, en que el coco de la revolución asoma por todos lados

Los vampiros del pueblo, ni es obra revolucionaria, ni contiene más que algunas frases gordas, de las que á diario se lanzan en mitins, en periódicos y en conferencias, sin que nadie se asuste de oirlo ni de leerlo.

Pero con estos gobernantes, que tan acertadas trazas se dan para hacer de causas insignificantes grandes efectos perturbadores, hemos llegado á tal situación, que, como se decía la otra tarde en una reunión de actores, la única obra que va á poderse representar mientras gobierne Maura, será *La oración de la tarde*.

Unión Mercantil de Málaga:

Estreno escandaloso

En el teatro de Novedades se estrenó anoche un drama popular titulado pomposamente *Los vampiros del pueblo*y

El argumento se funda en la lucha entre el jesuitismo . la masa obrera.

El éxito fué grandísimo, deteniendo la policía á un espectador por entusiasmarse demasisdo.

Al intentar detener á otro individuo el público empezó á

silbar y á dar mueras impidiendo que la policía consumara sus propósitos.

Nuevo Evangelio-20-1.º-904:

Después de prohibir los *couplets* el gobierno del señor Maura, ha denunciado *El País* y ha quitado de escena *Los vampiros del pueblo.*

¡Qué miedo! La sombra de Narváez se habrá estremecido de terror.

El Imparcial:

Notas alegres

¡Dios mío! ¿A dónde iremos á parar?

El presidente del Consejo nos declara la guerra á los periodistas, negándonos hasta las dotes personales que nos son propias; la policía nos mete en la cárcel si tarareamos la Marsellesa; Nocedal, en pleno Parlamento, encomia las ventajas de la inquisición y se capta la benevolencia de la mayoría... ¿Qué va á ser de nosotros los liberales?

Jamás, como ahora, he sentido el temor de caer en manos de la autoridad que nos rige. Porque es lo que yo digo:

—Dada la complacencia con que nuestros gobernantes han oido al Sr. Nocedal cuando ponderaba los deliciosos tormentos inquisitoriales y dada mi natural irreflexión, que puede conducirme á cometer cualquier falta el día menos pensado, ¿quién me dice á mí que no me meten en la cárcel?

La cárcel, por ahora, no tiene más inconveniente que el de ser un poco aburrida, porque ni puede uno hablar con nadie ni se permite jugar al tute con los amigos; pero mañana ó pasado se le mete al Sr. Maura en la cabeza alquilar un cuarto bajo y establecer en él la inquisición ¡y figúrese usted la gracia que nos haría á los delincuentes!

Yo mañana *delinco*—es un suponer—y todo lo más que me puede pasar hoy día es que me envuelvan en papel sellado, porque respecto á la fianza metálica sé que ha de facilitármela inmediatamente la Sociedad de Autores, como ha hecho con el autor de *Los Vampiros*; pero en el momento en que se halle establecida la Inquisición, bajo los auspicios y en virtud del reglamento redactado por el señor Nocedal, de nada ha de servir la fianza, y entonces ¡ay! sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina.

Ayer por la mañana tropecé en la Gorguera con dos jóvenes pertenecientes á la tertulia de D. Antonio y pude notar que se paraban delante de todos los pisos bajos.

—Estos no vienen aquí á humo de pajas—me dije; y efectivamente, después supe que andaban buscando un local espacioso y alto de techo, por si llega el caso de fundar la tan acreditada Inquisición.

—¿Pero será posible?—les preguntó un vecino.—¿Van á volver los tormentos?

—No podemos asegurar nada, hoy por hoy; pero por si acaso, hay que ir pensando en un buen local. Hemos visto uno en la calle del Salitre, pero está un poco lejos y conviene que no diste mucho de la Cámara por si quieren ir los de la mayoría, á pasar el rato por las tardes.

¿Necesitarán ustedes comprar aparatos?

—¡Ya lo creo! Los habrá de todas clases y para todos los gustos, ó por mejor decir, los disgustos. Trituradores de huesos; infladores para vientres; parrillas para el asado parcial; trinchantes para levantar en alto á los delincuentes y tenerlos al sol hasta que se derritan. Por de pronto con un tormento eficacísimo.

—¿Cuál?

—Un discurso diario del Sr. Rodríguez San Pedro.

¡Dios mío! ¡Que no se confirmen estas noticias!

LUIS TABOADA.

Los ejemplares de esta obra se ha
llarán de venta en todas las librería
de España, Extranjero, América y *So*
ciedad de Autores Españoles.